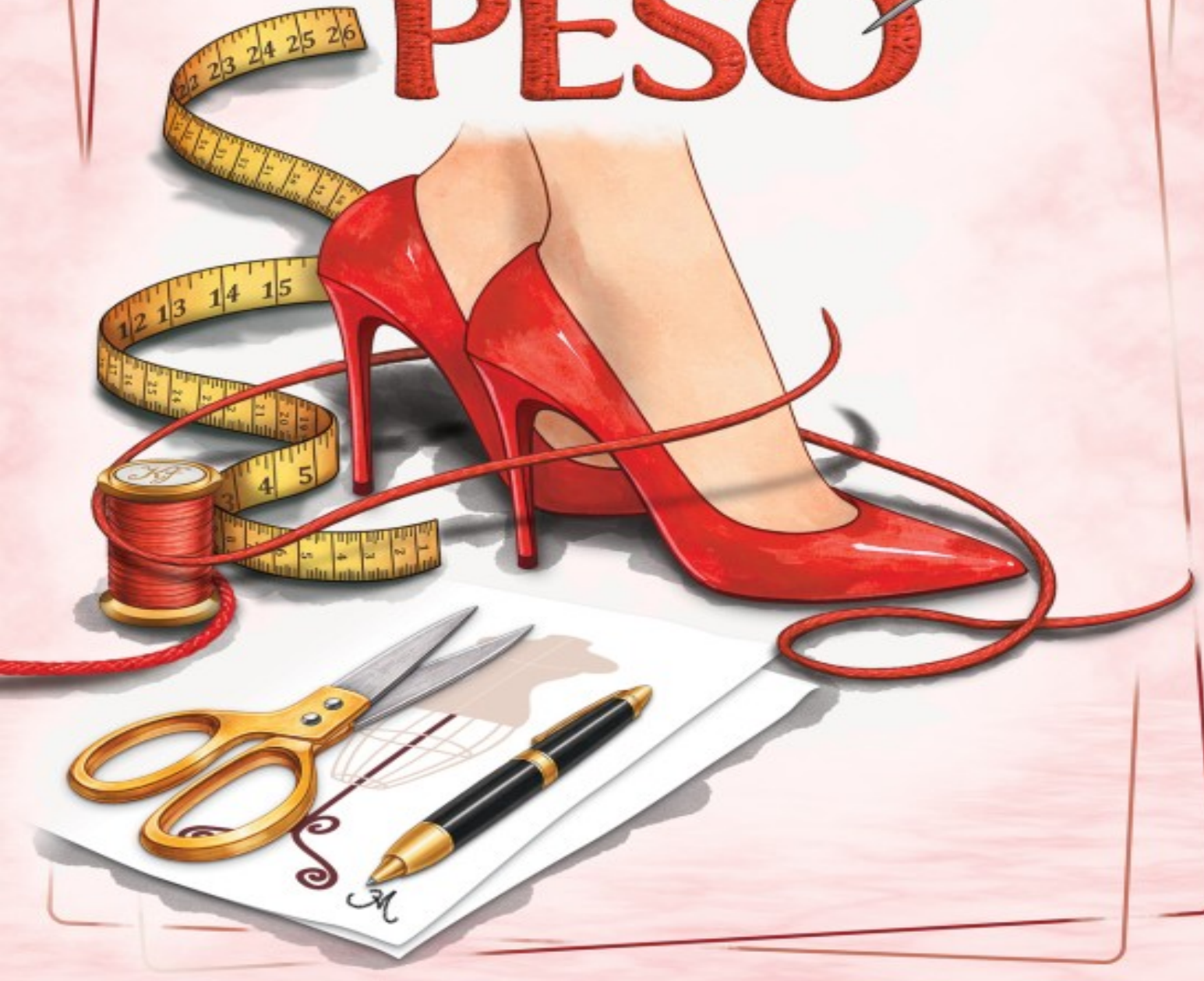
KATHERINE FLORES

Mi AMOR es de PESO





KATHERINE FLORES

MI AMOR ES DE PESO
©Katherine Flores

Edición: Mayo 2026
Editor: Sophie Lam
Diseño de portada: Osvaldo Martínez.
Maquetación: Sophie Lam

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y será perseguida conforme a la ley.

Esta obra es de ficción. Las referencias a personas reales, vivas o muertas, así como a lugares o acontecimientos, se emplean de manera ficticia o son producto de la imaginación de la autora.

Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

A ti, que en algún momento te mediste con ojos ajenos y aun así aprendiste a quererte más fuerte. Que te miraste al espejo con guerra y lágrimas, pero decidiste hacer las paces contigo.

Es momento de reír, porque ya sobreviviste a todo lo que un día te hizo sentir pequeña, desde aquí empieza la forma en que te eliges cada día.

SINOPSIS

Colette Van Maarsen ha sufrido burlas constantes por su peso desde la preparatoria. Sin embargo, pese al daño psicológico, logró convertirse en dueña y diseñadora de una famosa compañía de moda gracias a su esfuerzo y a una herencia. Pero, además de las críticas por su físico, comienza a recibir amenazas abrumadoras por teléfono e internet, por lo que se ve obligada a contratar a un guardaespaldas. ¿Qué podría salir mal?

1

Nadie puede negarlo; nadie puede decir que no lo ha hecho, porque en la mayoría de los casos sucede. Sí, cuando eres bebé, te celebran prácticamente todo. Te tiras un eructo: te lo celebran. Te comes toda la comida: te lo celebran. Te tiras un gas: te lo celebran. En cambio, cuando creces y te comes todo, te regañan, te prohíben comer y por poco te cierran el refrigerador con candado. ¿Creen que exagero? Pues no.

Siempre quise amarme y aceptarme tal como soy. No me quejo de mi vida; he tenido de todo y de sobra. Mis kilitos son producto de la buena vida y de la buena mesa —sobre todo de la mesa—, porque estas curvas no se mantienen solas. Aprendí que debía tomarme la vida con humor, aunque esa sea la parte más complicada: aceptarse. Es algo muy diferente a resignarse; uno se resigna cuando ya no hay opciones, pero cuando logras esa conexión contigo mismo, alcanzas el equilibrio entre el amor y la felicidad. Aprendes a ignorar las palabras necias de la familia y de las personas que no contribuyen a tu vida.

Pero qué difícil es, ¿no? El bullying es algo que aprisiona el corazón y la mente, carcomiéndolos hasta manipular los pensamientos. Hubo un punto en el que dejé que los demás me dominaran con su negatividad, hasta que decidí que no quería más. Tomé las riendas de mi vida porque me lo debía como la mujer fuerte que soy. Solo así recibí el respeto que merecía. Tengo veintiocho años, soy dueña de una empresa de moda y la mujer más «atractivamente esponjosa» del mercado. ¿Qué podría salir mal?

«No dejaré que aquellas palabras que tanto me dolieron dirijan mi vida. El respeto comenzó el día en que decidí dármelo yo primero. No es fácil tomar las riendas; las piernas tiemblan cuando el acoso aprisiona el corazón, pero mi propia voluntad era la llave. Yo soy capaz de romper el candado».

2

Retiro la pregunta anterior. Hasta ahora, todo iba de viento en popa dentro de lo posible, pero hoy, antes de que despertara, mi celular comenzó a sonar. Contesté al ver que era Garrett, mi mejor amigo y mano derecha.

—Buenos días, Garrett —dije refregándome los ojos.

Sentía el estómago pesado e inflamado por la comida picante de la noche anterior. No es que me hiciera mal, es que últimamente todo me inflamaba. No contaba con que, de la nada, se me escapara un gas en plena llamada. Maldije por lo bajo.

—Joder...

—¿Qué fue eso? —preguntó Garrett—. Sonó como un ruido de dudosa reputación.

—Ay, qué cosas dices... Fue la cama, que la moví.

Intenté mover la cama para probarlo, pero la muy maldita no hizo ni un ruido.

—En fin —agregué para cambiar de tema—, ¿qué querías decirme?

Como si a nadie se le escapara uno. Ya lo decía Shrek: «mejor afuera que adentro». Es de lo más normal. Asqueroso, pero normal. ¿Una mujer haciendo eso? ¡Jamás! Es solo un suspiro mañanero de mis nalgas; por ahora, el único motivo que tengo para suspirar, porque del amor... ni hablemos.

—Colette, hemos estado recibiendo amenazas por teléfono. Como no contestabas, las redireccionaron a la oficina. ¿Dónde carajos estás?

—Demonios, voy en camino, Garrett.

—Te acabas de levantar, no mientas.

—¡Ya voy, joder!

—Bien. Mientras te bañas, te maquillas, escoges tu outfit y, ah, comes... llamaré a la policía.

Solté una carcajada.

—Confío en ti, amigo —dije en tono de disculpa.

Lo escuché burlarse y me reí mientras corría a prepararme.

3

Llegué una hora tarde al trabajo. Cuando le estaba echando cereal a la leche, se me volcó todo y tuve que bañarme de nuevo y cambiarme de ropa. Sí, este mundo no es para mí; con suerte logro respirar.

—¡Coleeeette! —escuché mi nombre cantado a mis espaldas—. Cielos, ¿qué te hiciste esta mañana? Estás A-PO-LÍ-NEA.

Era Louis, el líder de diseño de mi empresa, el mejor de los mejores. No por nada lo había perseguido por todo Nueva York para que aceptara trabajar conmigo. Me volteé lentamente, sabiendo que venía un diálogo lleno de histeria.

—Looouuis —canté en el mismo tono—. Sabes que este cuerpo no se mantiene solo, querido —dije con humor.

Él soltó una risita fina.

—Oh, Dios mío, Colette, dime que no es cierto —se puso la mano en el pecho como si sufriera un mini ataque de asma.

—¿Qué cosa, Louis? —Seguí caminando hacia la sala de reuniones; ya iba muy retrasada.

—Que estás en bancarrota.

—¿Qué? ¡No! —Lo miré horrorizada—. ¿De dónde sacaste eso?

—Es lo que se rumorea, querida.

—Esperen a que termine la junta y daré un anuncio. Ahora debo asistir a la reunión con los empresarios.

—Espero ansioso, Colette. Sabes que mi apellido no puede acabar en la calle y estoy aquí solo por ti —dijo con desesperación—. ¡Qué será de mí!

Se dio media vuelta sobre la punta de los pies con un leve «jum». Negué con la cabeza y entré a la sala, donde todos murmuraban.

—¡Buenos días! —anuncié para hacerme notar. Digamos que siempre destacaba por mi «fabuloso cuerpote».

—¡Colette! —exclamó Garrett, y añadió entre dientes—: Al fin llegas.

—Lo siento, si supieras lo que me pasó... —susurré.

—Sí, por favor, mejor da inicio a la reunión —indicó hacia la mesa.

—Parece que todos están enterados de lo que ocurre aquí menos yo. Necesito un reporte —dije sentándome a la cabecera.

Me informaron que, desde la tarde anterior, los secretarios recibían llamadas con amenazas. No me parecía la gran cosa, o al menos eso quería creer. ¿Qué buscaban? ¿Dinero? Ni que alguien fuera a secuestrarme habiendo tantas opciones en este mundo. Juro que, si era una broma, era una forma pésima de hacerme perder el tiempo.

4

Esta empresa, que llevaba mi apellido, Van Maarsen, la había heredado... si es que se le podía llamar así, ya que estaba prácticamente en la ruina cuando mi padre decidió irse de vacaciones infinitas con su nueva mujer. Sacarla adelante fue casi una ironía; para alguien con sobrepeso, estar al mando de una compañía de moda donde solo circulaban mujeres delgadas resultó muy incómodo al principio.

Por otro lado, estaban mis medias hermanas, que eran como Barbies de plástico de imitación; de esas que, si les soltabas el moño, estaban calvas en medio. En fin, descubrir quién me amenazaba iba a ser un misterio.

—¿Tienen algún sospechoso? —pregunté, sofocada por tantas quejas.

—Creo que tienes muchos enemigos, Colette —dijo Benjamín, el publicista.

—Ay, por favor —me reí—. ¿Quién querría hacerme algo? Somos «bonitos y gorditos», chicos —bromeé.

De repente, mi celular sonó con la marcha imperial de Darth Vader a todo volumen. Todos dimos un salto. Le lancé una mirada asesina a Garrett; solo él era capaz de haberme puesto ese tono.

—Cálmense, creo que estamos sugestionados —dije, aunque en el fondo todo me parecía extraño—. Permiso, debe ser urgente.

Me acerqué a la ventana y vi que en la pantalla decía: «Panquequito».

—Abby, ¿sucede algo? Estoy en plena reunión —susurré.

—Ett, algo está pasando en las redes sociales con...

—¿Con qué? —Se escuchó interferencia.

—¿Ett?

—Abby, no te oigo.

—Hackearon...

La llamada se cortó. De pronto, entró otra comunicación sin que yo la aceptara. El audio estaba distorsionado.

—¿Hola?

—¿Crees que lo has logrado todo? Ahora sabrás qué se siente ser ignorada —dijo una voz metálica.

—He sido ignorada toda mi vida, estúpida. ¿Crees que me das miedo?

—Te dará miedo, Colette. Vas a temblar —rio maléficamente.

La llamada terminó y, de golpe, las pantallas de la sala y de todo el edificio se encendieron con la imagen de Samara, de la película El aro. Los gritos de los trabajadores no se hicieron esperar. Tenía que hacer algo ya.

Espíritus del cielo, no me abandonen.

«Intentaron quitarme la sonrisa y bajarme la autoestima desde niña. Me subestimaron tanto que no se dieron cuenta de que el brillo no se apaga: se afila».

5

Pensaba que las amenazas cesarían con los días, pero no fue así. Se volvieron frecuentes. Un hacker entró en la web de la empresa y bajó los precios de todos los productos, colapsando el sistema de pedidos. Para colmo, filtraron la colección de otoño-invierno antes del lanzamiento. Era gravísimo; nos habían dado donde más dolía.

La empresa estaba colapsada e internet ardía. Yo me sentía agotada psicológica y físicamente, pues las amenazas ya llegaban a mi casa. Sin embargo, debía seguir; cuando empecé aquí, las cosas estaban peor.

—La policía está al tanto, pero no podemos esperar. Tendremos que modificar la línea y posponer la gala —les dije en la sala de juntas.

—No es sencillo crear una colección de un día para otro, Colette —exclamó Louis, caminando nervioso.

—No lo pido para mañana, Louis. Cálmate.

—¡No puedo calmarme!

—Alarmarnos no sirve de nada —intervino Garrett—. Primero, velaremos por la seguridad de la empresa. Contrataremos a un ingeniero para las redes y a un detective privado.

—¿Y nuestra seguridad personal? —preguntó Louis.

—Contrataremos a un experto en ciberseguridad y guardaespaldas personalizados —decidió Garrett.

—¿Guardaespaldas? —negué con la cabeza—. Ni que fuera Whitney Houston.

—¡Es necesario! —gritó Louis.

—Es por tu seguridad, Colette —insistió Garrett—. Yo mismo me encargaré de buscarlos.

Suspiré, sintiendo que mi mundo estaba patas arriba.

—Necesito dormir eternamente —murmuré.

6

En una semana pudimos controlar lo que sucedió en las redes sociales. Tuve que anunciar a nuestros seguidores lo ocurrido y cancelar la presentación de la colección hasta nuevo aviso. A esas alturas, iba a tener que diseñar una nueva línea, pero ya no de otoño e invierno, sino de primavera y verano.

Con respecto al guardaespaldas, no me lo había tomado en serio. O sea, ¿quién tiene uno hoy en día? Ni que fuera Paris Hilton o alguna de las Kardashian. Aunque, pensándolo bien, soy todo eso pero con más "ricura" en el cuerpo.

No me había decidido porque la gente tiende a juzgar demasiado, y aunque no me importa, me daba pereza el proceso. Todo cambió ayer mientras dormía con mi perrito, que es básicamente mi peluche de compañía; un pomerania toy, mi amado y mimado Apolo. Estábamos descansando cuando se despertó ladrando y corrió a la sala. Entre dormida, me asusté y agarré lo primero que pillé para golpear al intruso: un tacón de aguja de quince centímetros. Solo imaginar dónde se lo podía encajar me dio el valor para salir de la habitación.

—¿¡Quién anda ahí!? —amenacé con mi "súper tacón".

Se encendieron las luces al llegar a la estancia.

—¡Colette! ¡Soy yo!

Hice un mohín de confusión.

—¿Abby? ¿Qué haces aquí a las cuatro de la madrugada?

Mi mejor amiga, «Panquequito», estaba merodeando por mi casa y yo no entendía absolutamente nada.

7

—Demonios, Colette, me asustaste —dijo Abby acercándose.

—No, tú me asustaste a mí. ¿Cuándo llegaste de París? ¿Y por qué no estás en tu casa?

A esas alturas, todo me parecía sospechoso.

—Baja ese tacón de aguja primero... —pidió ella.

Apolo le movía la colita, feliz de verla.

—Ay, amiga, llegué a las dos de la madrugada al aeropuerto y, cuando llegué a mi departamento, me di cuenta de que no tenía las llaves. No quería despertarte, pero como sé la contraseña de tu entrada, pues me vine para acá.

—Ah... —murmuré.

—Colette, ¿estás desconfiando de mí? Nos conocemos desde la primaria.

—Se supone que no debo hacerlo, pero todo esto me tiene con los nervios de punta.

Suspiramos al mismo tiempo.

—Tranquila. No tendría sentido que te hiciera algo; si derrumbara tu compañía, me estaría derrumbando a mí misma. Trabajamos juntas.

—Ya, lo sé. Discúlpame... ¿Quieres beber algo? Se me fue el sueño.

—Sí, creo que nos haría bien. Tienes que contarme cómo va lo del guardaespaldas.

—Pfff —solté un bufido—. Mañana la secretaria me mostrará algunas opciones.

La invité a la cocina para comer algo mientras le ponía al tanto de todo.

—Definitivamente tendrás que contratar a un fortachón —sentenció ella.

—Sí. Ayer me llamó una de mis hermanastras calvas —abrí los ojos con ironía—. «Amenazándome» —dije en tono de burla.

—¿Qué se cree esa pelada?

—Siguen insistiendo con que les dé parte de la herencia. ¿¡Qué herencia, carajo!? Si no hubiera sido por mi madre, que en paz descanse, no habría podido levantar nada de esto.

—¿Y tu padre qué? ¿Sigue con la veinteañera?

—Se cree sugar daddy, pero es un sugar daddy al pedo, Abby. Por pura misericordia mía tiene lo que tiene.

—Tienes un gran corazón, cariño.

—Tengo todo grande, la verdad.

Soltamos una carcajada.

—Bueno, vamos a dormir una hora aunque sea. Mañana llegaré temprano a la empresa.

—Sí, mejor. Allí te ayudaré a elegir al súper guardaespaldas.

Abby se mordió el labio poniendo los ojos en blanco y yo le di un empujón entre risas.

8

Me senté en mi oficina a revisar algunos currículos. Escogí a un chico que nos ayudaría con la seguridad de las redes sociales; el tipo tenía másteres de todo lo imaginable, era bastante hábil. Frente a mí estaba Louis; al lado, Abby me ayudaba a leer; y Garrett miraba por la ventana como si escondiera algo. Conociéndolo, sabía que tramaba alguna travesura.

—No debería estar escogiendo un guardaespaldas, me están haciendo perder el tiempo —dije poniendo los ojos en blanco.

—Ay, querida, es parte del trabajo —replicó Louis.

—Y un deleite para tu mirada —añadió Abby dándome un codazo.

—¿Tú también? —me quejé—. ¿Y tú, Garrett? Estás muy callado.

—Espero a que sigas mirando —sonrió de lado—. Voy por café, ¿alguien quiere?

—¿Qué estás tramando?

—¡Nada! —salió riendo de mi oficina.

Entonces vi el perfil de un tal Nicholas Becket. Tenía un currículo impecable: artes marciales, defensa personal, carácter fuerte pero temperamento dominado y personalidad amigable. Literalmente parecía hecho a mano y con mucho amor.

—Bien, creo que pueden llamarlo para una entrevista.

—¿Y te lo vas a llevar a casa también? —preguntó Louis con curiosidad.

—Ya veré qué pongo en el contrato —respondí solo para picarlo.

—Jum —se dio la vuelta—. Tú verás. Me voy a trabajar.

Seguí hojeando las fotos cuando vi una que me dejó confundida. Garrett. Mi amigo me estaba haciendo una broma o se había postulado para el puesto.

—¡Garrett! —le grité cuando lo vi a través del cristal.

—¡Te juro que yo no sabía nada! —se apresuró a decir Abby.

—¿Qué pasa? —entró él haciéndose el inocente.

—¿Qué es esto? —le mostré su propia foto.

—Ah, eso... ¿puedo protegerte o no?

—No te hagas el tierno —lo miré de reojo.

—Es una bromita, Colette —rio y dejó el café sobre la mesa—. Últimamente andas muy irritable con todo esto.

—Gracias, amigo, igual te quiero.

Miré la foto de nuevo. Era mi amigo y se veía guapo, como siempre. Cielos, Colette, gobiérnate.

—Puedes enmarcar mi foto si quieres —dijo Garrett dándome un beso sonoro en la mejilla.

—¡Iuck, Garrett! —fingí asco y nos reímos—. ¿Ahora quieres que te contrate también?

—Colette, sabes que eres mi mejor amiga y no necesito que me contrates. Siempre voy a cuidarte la espalda, aunque no tenga tantas habilidades como ese que acabas de escoger —añadió haciendo un mohín.

¿Celos? No, Colette, no creo, pensé.

—Garrett, a veces eres muy tierno y esa faceta me gusta —le dije con sinceridad—, pero no te imagines cosas que no son.

—Eres tan apretable... —respondió él.

—¡Abrazo grupal! —gritó Abby.

Pegué un grito entre risas cuando me vi rodeada y estrujada por mis amigos.

9

Por la noche, me quedé mirando la foto del que sería mi nuevo guardaespaldas. Se sentía raro y bien a la vez decirlo. Luego miraba la de Garrett y me encontraba a mí misma riendo; mi mente ya estaba en otra galaxia. Es cierto, Garrett es mi mejor amigo, pero el condenado no era feo ni insoportable.

A veces recordaba cuando íbamos al colegio juntos. Yo era una bolita de sensualidad y él un chico alto y flacucho. Abby era la "plana"; lo que a mí me sobraba, a ella le faltaba. No era una ofensa llamarla así porque los tres teníamos claro el tema; jamás nos burlamos de nuestros cuerpos, al contrario, buscábamos el humor para superar las inseguridades.

Nos conocimos porque nuestras madres eran mejores amigas. Cuando la mía falleció yo tenía once años, y tanto él como Abby permanecieron a mi lado. Garrett siempre me gustó; al principio llegué a enamorarme perdidamente, pero al final comprendí que lo nuestro era difícil que sucediera. Era mi amor platónico, el chico que todas deseaban, mientras yo lo observaba desde fuera ver cómo salía con otras chicas.

En la adolescencia, mi cuerpo se acomodó. Mis caderas se ensancharon y me convertí en una chica curvy, pero nunca me libré del acoso de mis compañeros. Para ellos, yo seguía siendo "la gorda del curso". Era un suplicio hacer deportes, tener que pesarme frente a todos y sentir que esos números eran una humillación pública.

Es penoso recordarlo, pero quienes hemos sufrido burlas sabemos que cuesta el doble superarse. No solo debes convencer al mundo de que eres fuerte, sino también a ti misma. Quienes somos capaces de tomarnos la vida con humor es porque entendimos que la mejor forma de vencer el temor es la actitud. Por eso, cada vez que me miro al espejo, me digo: ¡Soy hermosa y al carajo el que no lo crea!

«Si fui capaz de sobrevivir al bullying, también puedo sobrevivir a mi mayor enemigo: mi propia mente. Sanar no significa olvidar lo que dolió, es dejar de culparte por haber sufrido. No vine a este mundo a encajar, vine a existir. Mi presencia les molestaba porque en sus burlas se escondían los errores que ellos jamás tendrían el valor de enfrentar».

10

Es común que las mujeres no sepamos qué ponernos, pero yo me pasaba de la raya. Como dueña de una empresa de moda, mi clóset era una habitación entera; no quiero sonar avariciosa, pero debía cuidar mi imagen. Recuerda: Eres hermosa y al carajo el que no lo crea.

Hoy quería imponer respeto; en una hora era la entrevista con Nicholas Becket. No lo olvides, Colette. No, cómo olvidar esos brazos y esa mirada. ¡Santos cupcakes! Si así era en foto, ¿cómo sería en persona? De pronto, mi celular sonó mientras me vestía.

—¿Sí?

—Vas a caer, Colette. ¿Crees que me había olvidado de ti y de tu empresa? —rio de forma seca. Su voz distorsionada me dio escalofríos—. Ahora sabrás cómo comienza el juego.

Se escuchó un grito desgarrador y mi nombre al otro lado, suplicando que la salvara. Me paralicé. Mi cuerpo se tensó y, aunque traté de controlarme, las lágrimas rodaron por mis mejillas. Se oía como Abby. Maldije al tipo a través del teléfono y le supliqué que no le hiciera nada; necesitaba saber qué quería de mí.

No podía llamar a la policía, era parte del trato. El hombre cortó y solo recibí una ubicación: un viejo hospital abandonado.

11

Mis manos temblaban mientras buscaba el número de Garrett en el celular. Sonó un par de veces antes de que me contestara.

—¡Hey, Golosina! ¿Qué tal?

—¡Garrett!

—Colette, ¿qué te sucede? —Su tono de voz se volvió preocupado.

—Abby... Abby, ¿dónde está?

—En su casa, supongo; yo acabo de llegar a la oficina. ¿Estás bien?

—¿Seguro? ¿No la has visto por ahí?

—No, Colette, no está aquí. Ya dime qué pasa, me estás asustando.

—Me llamó la persona que me ha estado amenazando... ¡Dice que tiene a Abby!

—¡Demonios, Colette! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Quédate ahí!

—¡No, Garrett! No llames, yo voy en camino.

Me puse los tacones y tomé en brazos a Apolo para ponerlo en su transportín; me daba miedo dejarlo solo en casa.

—Colette, ¿qué demonios vas a hacer? No puedes ir sola. ¿Dónde es?

—Sácame dinero de la cuenta bancaria.

Garrett maldijo a través del teléfono. Se oía desesperado y le gritó a Louis, quien, por supuesto, ya se había enterado y andaba corriendo de un lado a otro.

—¿A dónde vas, Colette?

—Voy a juntarme con el idiota y terminar con esto de una vez por todas.

Corté la llamada y salí de mi apartamento, decidida a que fuera lo que Dios quisiera.

12

En el trayecto hacia el hospital abandonado, me puse el manos libres e intenté llamar a Abby una y otra vez, pero no contestaba. Por otro lado, Garrett no dejaba de marcarme. Me envió un par de audios que decían:

Primer mensaje: «¡No vayas, por favor! ¡Te pueden hacer algo!».

Segundo mensaje: «Colette, no seas estúpida, activa la ubicación para ir por ti. Iré con el guardaespaldas también, que ya llegó».

Tercer mensaje: «¡Colette! ¡Responde, joder! Me tienes desesperado».

Le respondí con un mensaje: «Cálmate, que me pones más nerviosa. Voy al hospital abandonado. ¿Ya sacaste el dinero?».

Llegué a la entrada del gran edificio, del cual solo quedaba el armazón. Tuve que dejar a Apolo en el auto, fuera del transportín y con el aire acondicionado, para dirigirme al oscuro y desolado lugar. El corazón me golpeaba el pecho, las manos me sudaban y sentía un escalofrío en la espalda. Cualquier ruido volvía mi cuerpo insostenible; hasta mi propia respiración y el sonido de mis pasos me daban terror. Era una psicosis de mi mente.

Me adentré en la planta baja y escuché unos murmullos a lo lejos. Quise gritar el nombre de mi amiga, pero mis cuerdas vocales se cerraron. Carraspeé y grité:

—¡Abby! ¿Estás aquí?

De repente, sonó mi celular y vi que en la pantalla aparecía «Panquequito». Contesté de inmediato.

—¡Abby! ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Ya llegué aquí.

—¿Colette? Lo siento, me quedé dormida, pero ya estoy llegando al trabajo. Te llamaba porque vi diecisiete llamadas perdidas tuyas y me preocupé.

—Demonios... —susurré, sintiendo un temblor recorrer mi cuerpo.

Un grito femenino se oyó más allá y alguien corrió hacia mí.

—¿Colette?

—Abby, tengo miedo —susurré temblando.

Vi a un hombre vestido de negro, con el rostro cubierto, y corrí de regreso al auto. Sentía que no avanzaba y que mis piernas me fallarían en cualquier momento.

13

Faltaba solo un metro para llegar al auto cuando se me cayeron las llaves. El hombre venía tras de mí y sentía las piernas débiles, como si fueran hilos. Me incliné a recogerlas con las manos sudorosas y creí que era mi perdición cuando, al mirar hacia atrás, vi que el hombre apuntaba su pistola a mi cabeza. Rogué a Dios que me permitiera vivir.

De pronto, vi a Garrett aparecer como si viniera del cielo, con un aura angelical. No sé si era el miedo, pero en ese instante se convirtió en mi salvador, como siempre lo había sido. Escuché gritos y golpes mientras Garrett me levantaba del suelo para llevarme al auto. Entonces me percaté de que Nicholas Becket, el guardaespaldas, estaba allí peleando con aquel hombre que estuvo a punto de matarme.

—¿Estás bien? —me susurró Garrett.

Asentí, pero di un salto al escuchar un disparo y lo abracé por el susto. El misterioso hombre estaba en el suelo con la pistola en la mano. Él mismo se había disparado.

14

Sin querer, me puse a temblar al ver al desconocido tirado en el suelo. La ambulancia no tardó en llegar, al igual que la policía, pero fue en vano: aquel hombre murió sin que supiéramos su procedencia. Cuando descubrieron su rostro, pude asegurar que jamás en mi vida lo había visto. Mi duda era: ¿me habría librado de la persona que me amenazaba? ¿Sería él o trabajaba para alguien más?

15

En cuanto a Nicholas Becket, fue contratado oficialmente. Después de verlo en acción... madre mía, no me quedaba ninguna duda. Aparte de eficiente, tenía un detalle: era guapísimo. Un brownie al paladar o una pizza, dependiendo de si prefieres lo dulce o lo salado.

Durante los días posteriores al incidente, Abby se quedó conmigo en casa. Se sentía un poco culpable por no haber contestado las llamadas, pero ¿qué sentido tenía culparla? No fue a propósito. Lo único bueno de todo aquello fue que Louis me informó que en tres semanas lograrían sacar la nueva línea de ropa de otoño e invierno, lo que nos permitiría aplazar la presentación un mes, algo mucho mejor de lo que habíamos presupuestado. Al menos tenía un respiro en la empresa, por ahora, aunque no podía confiarme porque las amenazas seguían.

16

Me sentía incómoda. Nick, como llamaba ahora al guardaespaldas, estaba siempre pegado a mí. Me miraba en la oficina mientras trabajaba o hablaba por teléfono, en mis reuniones... en todo. Ni al baño me dejaba ir sola; me esperaba afuera, pero antes revisaba el lugar. ¿Saben lo que es eso? No podía soltarme ni un maldito gas. Adiós a la comida picante y a la lactosa. A pesar de tenerlo cuidándome la espalda, sentía que mi privacidad se había ido al carajo.

Pero bueno, al menos en casa seguía con Abby. Hasta que el viernes, después del trabajo, me fui con Apolo a casa. Abby tenía una reunión con los gerentes y debía encargarse de que todo estuviera listo para la presentación, así que llegaría tarde. Todo iba súper bien, hasta que entré y encontré las cosas patas arriba: todo quebrado, desordenado y, en la pared, escrito en letras grandes y rojas: «MUERTE A LA GORDA».

17

Mi cuerpo no dejaba de temblar ante el desastre en mi propia casa. Esas palabras tan duras y crueles calaban profundamente en una herida con la que he luchado toda mi vida, repitiéndome que, sin importar mi cuerpo, soy una mujer capaz de todo. Pero esta vez fue difícil. Esa palabra escrita en la pared se repetía en mi mente como disparos, atormentándome y provocándome taquicardia.

Mi tranquilidad se transformó en pánico, hasta que finalmente me desvanecí. No supe nada de mí durante los siguientes días debido a un colapso mental.

«Que me duela aquello que creí superar no me hace débil, me hace más humana. Tocaron una herida que se había vuelto cicatriz y, aunque ya no arde, recuerdo cuánto dolió. Sin embargo, ya sobreviví a esto una vez y ahora sé cómo cuidarme; hoy me permito sentir, pero también soltar. Sigo siendo
yo, incluso cuando tiemblo».

18

Estuve días en el hospital, bajo el efecto de los ansiolíticos que me recetó el médico. Cuando desperté, lo primero que vi fue a Garrett sermoneándome; lo oía lejos, pero le entendía. Los medicamentos me tenían atontada. Recordé a mi hijo peludo, pero me tranquilicé al sentir a Apolo a mi lado.

—Te lo dije, Colette. Te iba a dejar ese día y no quisiste —me recriminaba—. ¿Por qué tienes que ser tan testaruda y actuar como la mujer independiente que no necesita a nadie? ¿Acaso una mujer independiente no puede pedir ayuda?

—Ya deja de regañarme —le reclamé con los ojos entreabiertos.

—¡Colette! Joder, creí que no despertarías.

Me abrazó, subiéndose un poco a la cama.

—Hey, me pierdo unos minutos y ya te la quieres devorar —dijo Abby entrando a la habitación.

Me reí, sintiéndome algo mareada, y Garrett me soltó entre risas.

—¿No ves que esta mujer es demasiado sabrosa?

—¡Ya! —exclamé riendo.

—¿Estás bien, amiga? —preguntó Abby, mientras estrechaba mi mano entre las suyas.

Su semblante, antes sereno, se transformó de inmediato en una expresión de profunda preocupación.

—He vuelto a este vil y desgraciado mundo —respondí con un deje de sarcasmo en la voz—. ¿Cuántos días han pasado?

—Cuatro —contestó Garrett con brevedad.

—Oh, cielos. Todo el trabajo que debe de haber acumulado... —El agobio comenzó a instalarse en mi pecho.

—Hemos avanzado en todos los asuntos pendientes, Colette. Además, Abby y yo hemos tomado una decisión —añadió Garrett, intercambiando una mirada cómplice con ella.

Me incorporé con cautela en la cama, sintiendo aún una ligera debilidad en las articulaciones, y bebí un poco de agua para aclarar mi garganta.

—¿Qué decisión? —inquirí, frunciendo el ceño con desconfianza.

—Te mudarás conmigo —soltó Garrett de golpe, sin preámbulos.

—Ah —asentí mecánicamente, hasta que la implicación de sus palabras me golpeó—. Espera, ¿qué?

—Iré a buscar al médico —añadió él de inmediato, escabulléndose para evitar mis preguntas.

—¡Garrett Beaumont! —le grité, pero fue en vano; salió de la habitación a toda prisa.

Giré el rostro hacia mi amiga, exigiendo una respuesta.

—Abby, explícame esto ahora mismo.

—¿Qué cosa? —preguntó ella, fingiendo distracción.

—No intentes engañarme.

—Está bien, escucha: te quedarás con Garrett al menos por un tiempo. Necesitas buscar un departamento que cuente con mejores medidas de seguridad, Colette. Es por tu bien.

—¿Y qué pasará con Nick?

—El guardaespaldas está tras la puerta —indicó ella con un gesto vago hacia la entrada—. Él también se irá contigo, aunque Garrett todavía no lo sabe.

—¡Abigail! ¡No, no y mil veces no!

Ella se limitó a observarme con una mueca que dictaba una sentencia absoluta: ya no había nada que hacer, la decisión estaba tomada.

¡Oh, santos cupcakes!

19

No quería irme del hospital. Seguramente creerán que es tonto, pero cuando me enteré de que me quedaría en el departamento de Garrett, me puse nerviosa. Ustedes entienden que todavía tengo sentimientos por él, ¿no? Abby lo sabía perfectamente, pero ella seguía viendo una oportunidad donde yo no veía nada. Lo que me atemorizaba era avivar mis emociones cuando apenas las tenía bajo control. ¿Qué pasaría si Garrett llevaba a alguna mujer a su casa? Ver eso me rompería el alma.

Abby me dijo que estuviera tranquila porque, si eso sucedía, Nick estaría allí. Por lo que noté, Garrett y Nick batallaban con las miradas. ¿Qué habría pasado entre ellos estos días?

«A veces pienso que, si mi corazón ha esperado años, puede soportar cualquier respuesta. El amor no nació para ser escondido; aunque callar me mantuvo cerca, sé que hablar me mantendrá libre».

20

Mudarse fue un caos. Como me habían robado el día del desastre, lo poco que me quedaba se subió a un camión de mudanza. Cuando llegué al departamento de Garrett con Apolo en brazos y Nick detrás, no sabía qué decir.

—Bienvenida a mi hogar —dijo Garrett abriendo la puerta.

Entré observando el lugar y, de reojo, noté que Garrett le hacía una mueca de disgusto a Nick.

—Gracias, Garrett. Como te dije, solo será por unos días —dejé a Apolo en el suelo.

—El tiempo que desees, Ett —sonrió amistosamente.

—¿Y cómo dormiremos? ¿Tienes más de dos habitaciones? —preguntó Nick.

—No —negó Garrett rotundo.

—Entonces podría dormir con Colette para cuidarla mejor —respondió Nick con desafío.

Sentí un sofoco y la cara me ardió.

—Oye —le reclamé a Garrett, tocándome las mejillas con las manos frías—, ¿y yo dónde voy a dormir?

—En mi cama —soltó él, sin más.

Me atraganté con mi propia saliva y empecé a toser. Nick me dio unas palmaditas en la espalda y Garrett se interpuso entre los dos.

—Ett, ¿qué te estás imaginando? —murmuró cerca de mi oreja—. Me refiero a que te cedo mi cama.

¡Dios, ayúdame a soportar las sensaciones que me causan estos dos filetes que has puesto en mi mesa!

21

La primera noche fue extraña. No pude conciliar el sueño por la sola idea de que compartía techo con dos hombres dignos de admiración. «Ay, Colette, con esos pensamientos nadie creería que todavía eres una mujer pura».

Con el paso de los días, la tensión cedió un poco. Me instalé en la habitación de Garrett, mientras él ocupaba el dormitorio de enfrente; Nick, por su parte, dormía en el sofá de la sala. Garrett parecía haber cultivado un odio repentino hacia Nick y yo seguía sin comprender el motivo de su hostilidad.

Me invadía la pena al pensar en Nick confinado al sofá, así que, cuando el reloj marcó las seis de la mañana y el insomnio me venció, decidí levantarme. Quería agradecerles de algún modo que estuvieran allí para protegerme, y preparar el desayuno me pareció el gesto ideal. Me puse una bata de seda negra y salí de la habitación, deslizándome por el pasillo con cautela para no romper el silencio del amanecer.

Al llegar a la sala de estar, de camino al baño, pasé junto al sofá donde Nick descansaba con el torso descubierto. ¡Orden en la sala!, le grité a mi propio cuerpo, que parecía reaccionar ante la escena. Cometí un error, lo admito. Pero, ¿qué ser humano no se detendría ante semejante escultura? Parecía que Dios lo hubiera moldeado con precisión milimétrica, depositándolo con cuidado sobre aquellas almohadas para deleite de quien lo observara.

De pronto, su voz rompió el silencio:

—¿Quién anda ahí?

Antes de que pudiera reaccionar, me sujetó de los brazos y me atrajo hacia él con un movimiento firme. Caí sobre el sofá y, un segundo después, él estaba sobre mí, inmovilizándome y robándome el aliento.

—Oh, regalito de Dios… —susurré sin querer.
Maldición.

22

Ya no se trataba solo de un cruce de miradas; era un contacto físico total, piel contra piel.

—Qué labios tan bonitos tienes —susurró él, con la voz cargada de una ronquera matutina.

—Para comerte mejor —solté de inmediato, aunque intenté disimularlo con una tos fingida que no engañó a nadie.

Nick soltó una carcajada. En ese instante, mi mente era mi peor enemiga.

—¡Oye! Levántate. ¿Has visto a Cole…?

La voz de Garrett irrumpió en la sala. El grito que soltó casi alcanzó el techo, seguido de una cadena de maldiciones al encontrarnos en aquella posición comprometedora. Nick se incorporó de inmediato, mientras yo permanecía extendida en el sofá, como una estrella de mar, abrumada por la situación. Garrett nos señaló a ambos, con los ojos desorbitados y un tartamudeo evidente.

—No me digan que ustedes…

—No es lo que piensas —intervine mientras me ponía de pie—. Iba al baño y, bueno…

—Creí que alguien extraño había entrado en la casa —añadió Nick.

—Que alguien extraño había entrado… —repitió Garrett con tono burlón—. ¡Es obvio que estamos nosotros aquí!

—Ya basta, no reclames tanto, no ocurrió nada.

—Bueno… yo… —balbuceé—. Iré a preparar un sándwich.

—Por lo visto, ya estabas preparando uno con Nicholas —espetó Garrett.

—¿Qué intentas decir? ¿Que yo soy el pan? —repliqué.

Garrett puso los ojos en blanco y yo contuve la risa.

—Ahora te haces la tonta.

Me tomó de la mano y me condujo por el pasillo hasta el baño, obligándome a entrar con él.

—¡Garrett! ¿Por qué entras conmigo?

—Porque no puedo descuidarte ni un segundo —declaró con firmeza.

—No, tonto, no puedo hacer nada contigo aquí —protesté, intentando empujarlo.

—Solo vas a usar el baño, Colette, no exageres. Además, ya te conozco desnuda.

—¿¡Cuándo!? Jamás me has visto así.

—Sí, cuando saltamos al lago con Abby. Seguro estabas demasiado ebria para recordarlo.

—Pero teníamos trece años.

—Para que veas que siempre has sido traviesa —dijo él, alzando una ceja.

—Mi cuerpo cambió desde entonces.

—El mío también, y bastante —se jactó, adoptando una postura orgullosa.

Abrí los ojos con sorpresa.

—Mejor ve a preparar el desayuno —le ordené.

—¿No ibas a hacerlo tú?

—Te tardas demasiado y pronto debemos ir a trabajar. Fuera de aquí.

—¿O acaso necesitas más privacidad? —se burló mientras reía.

—¡Garrett! —lo regañé.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron. Era la voz de Nick:

—¿Todo bien ahí dentro?

—¡Sí! —exclamamos al unísono.

—Le estoy preparando un baño de espuma —bromeó Garrett.

Le propiné un golpe en la espalda.

—Ay, Colette, no te pongas agresiva.

—Vete ya. —Abrí la puerta y lo empujé hacia el pasillo.

Cerré con llave de inmediato. Tenía la respiración agitada y las mejillas encendidas. ¿Acaso creía que su cercanía no me afectaba? Alcé los brazos hacia el techo en un grito mudo: «¡Dios, ¿me estás escuchando?!».

23

El desayuno fue la definición de la incomodidad. Los tres nos mirábamos de reojo, sumidos en un silencio sepulcral. No me atrevía a abrir mucho la boca, sobre todo porque Garrett había preparado unos sándwiches de un tamaño tal que amenazaban con desencajarme la mandíbula. Al intentar presionar el pan para dar un bocado, la carne y una rodaja de tomate salieron despedidas.

Maldije entre dientes.

—Ay, cariño —murmuró Nicholas.

—¿Cómo la llamaste? —advirtió Garrett con tono hostil.

—Garrett —intervine para desviar la tensión—. Mi hamburguesa cayó en tu plato.

Él tomó la carne con la mano, abrió mi sándwich y la colocó de nuevo en su lugar. Observé la escena con incredulidad.

—Tu tomate —añadió Nicholas, pinchándolo con el tenedor para ofrecérmelo.

—Escuchen. —Apoyé las manos sobre la mesa—. Necesito que me digan qué les pasa a los dos. No me importa llegar tarde, me lo dirán ahora mismo.

Se miraron entre sí. Nicholas se puso en pie con parsimonia.

—Yo lavaré los platos.

—¡Y yo los secaré! —secundó Garrett con rapidez.

—¿¡Qué es lo que ocultan!? —exclamé, frustrada.

24

Por supuesto, no dijeron una sola palabra. Poco después, me encontraba en la oficina relatándole todo a Abby.

—Y es tu culpa —le recriminé.

—Claro que no. ¿Por qué sería mi responsabilidad, Ett?

—Porque tú tuviste la brillante idea de que me mudara con Garrett. Eso lo acepto, ¿pero por qué con Nicholas también?

—Ay, no me digas que no lo disfrutas —dijo ella, alzando las cejas con picardía.

—No, se la pasan discutiendo. ¿Tienes idea de por qué se llevan tan mal?

—Garrett no me ha contado nada, pero deberías preguntarle tú misma.

—Lo hice durante el desayuno y me ignoraron. Algo traman esos dos.

—Seguro que sí —se burló ella mientras salía de la oficina a carcajadas—. Seguro traman quién de los dos te conquistará primero.

—¡Abigail!

25

Tenía programada una reunión con otros empresarios del sector para coordinar el desfile de la línea otoño-invierno. Nicholas sería mi chofer y mi guardaespaldas durante el evento. También nos acompañaba Louis, el jefe de diseñadores, cuya presencia era indispensable, y Abby, encargada de la agenda y de asistirle a mi memoria. Garrett se quedaría en la empresa para cubrirme, algo que no pareció agradarle en absoluto.

Al acercarnos al vehículo, Nicholas abrió la puerta para que yo subiera, pero Louis me dio un empujón inesperado.

—¡Ay, gracias, querido! —exclamó él, dándole un palmetazo afectuoso en el brazo a Nick antes de ocupar el asiento delantero.

Me quedé de pie, desconcertada ante la audacia de Louis por arrebatarme el sitio. Nick se encogió de hombros con una sonrisa resignada, como indicando que no había nada que hacer. No tuve más remedio que sentarme en la parte trasera.

—Idiota —susurró Abby—. Reacciona, mujer.

Le lancé una mirada de reproche y suspiré con pesadez.

Durante el trayecto, Louis no dejó de hablar ni un segundo; su verborrea era incesante. En ese momento, mi teléfono vibró. La pantalla mostraba: «El que dice ser tu padre». Puse los ojos en blanco antes de atender.

—¿Cuánto dinero necesitas esta vez? —pregunté, directa y sin preámbulos.

—Hola, mi pequeña marshmallow.

—Ya no soy tu marshmallow.

—¿Acaso no eran tus dulces favoritos de niña?

—Ya no. Me harté de eso. En fin, ¿sucede algo? Voy a una reunión importante; la gente normal trabaja, ¿sabes?

—Sí, bueno… ¿cómo estás? Supe que tenías problemas con la empresa.

—Vaya, ¿quién te lo contó? Eso fue hace un mes y no recibí ni una llamada tuya. Ya ni recuerdas que tienes una hija —respondí con amargura.

Abby me tomó la mano con fuerza para brindarme apoyo. Nick me observó por el espejo retrovisor con curiosidad, mientras Louis continuaba con sus quejas en el asiento delantero.

—Lo siento, he estado muy ocupado.

—No busques excusas. Cuando hay interés, se encuentra el momento, sin importar la distancia. Bastaba un par de minutos para preguntar cómo estaba. No me vengas con pretextos absurdos, porque estoy segura de que esas amenazas provienen de tus hijastras —interrumpí con firmeza.

Un silencio pesado se instaló en la línea. De pronto, escuché la voz de su mujer susurrarle con tono coqueto:

—¿Ya le pediste el dinero a tu hija, mi amor?

La furia corrió por mis venas como un veneno, mezclada con unas ganas inmensas de llorar. Bajé la ventanilla y lancé el teléfono hacia la carretera. Observé cómo se hacía añicos bajo las ruedas de los autos que nos seguían. Ante todo, conservaría mi dignidad.

26

Me dolía el pecho; el corazón me pesaba por la falta de un padre capaz de amarme de forma incondicional. La imagen que conservaba de la figura paterna estaba por los suelos. Sin embargo, no era el momento de claudicar, menos aún cuando iniciaba la reunión que se prolongó por casi dos horas. No niego que en ocasiones la concentración me abandonaba, pero lograba regresar a la realidad. Al finalizar el encuentro, no quedó duda alguna sobre el proyecto: si todo marchaba según lo previsto, el espectáculo sería un éxito rotundo.

Agotada la jornada, el grupo planeaba ir a un restaurante, pero yo carecía de ánimos para celebraciones. Dejamos a Abby y a Louis en la empresa y le pedí a Nick que me llevara a casa. Bueno, a casa de Garrett. Al entrar, me refugié de inmediato en mi habitación y, contra todo pronóstico, rompí a llorar. El vacío en mi pecho me consumía al comprender que, aunque poseía bienes materiales, el anhelo de una familia funcional seguía siendo una cuenta pendiente.

Me desahogué hasta el cansancio. Poco después, escuché unos golpes suaves en la puerta seguidos por la voz de Nick.

—Colette, ¿puedes salir? He preparado algo de comer.

Abrí los ojos y me miré en el espejo; el llanto me había dejado el rostro hinchado y los ojos enrojecidos.

—¿Sabes cocinar? —pregunté con la voz quebrada.

—No es por alardear de mis habilidades, pero sí —respondió él desde el otro lado.

—Me veo fatal… —Me senté en el borde de la cama—. De verdad te agradezco el ges…

Abrió la puerta de improviso, interrumpiendo mis palabras.

—Jamás digas eso. No eres horrible, Colette. Ven conmigo.

Se acercó y me tendió la mano con un gesto caballeroso.

—¿Estás bien?

—Sí… bien hundida —respondí, intentando una sonrisa.

Ambos reímos con suavidad.

—Tienes un buen sentido del humor y eso me agrada —comentó él—. Uno debe permitirse estar triste y llorar, pero también llega el momento de recuperar la actitud y seguir adelante.

—Nick… eres una fuente de sabiduría.

Él soltó una carcajada y, con un movimiento tierno, apartó el cabello de mi rostro. El contacto me puso nerviosa. Luego, con sus pulgares, secó el rastro de las lágrimas que aún empañaban mis mejillas.

—Vamos, la comida se enfriará.

Asentí y lo seguí hasta la cocina. Había preparado un estofado de carne con papas gratinadas; el aroma era delicioso.

—Disculpa mi intromisión, pero escuché parte de la discusión con tu padre —dijo mientras nos sentábamos—. ¿Todo está bien?

—Nada está bien. Mi padre solo me utiliza como si fuera una cuenta bancaria.

—Creo que posees un corazón inmenso —expresó él, rozando mi mano con la suya al tomar su taza de café.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, a pesar de sus actos, guardas la esperanza de que cambie algún día.

—Tal vez. Él no era así cuando mi madre vivía. ¿Conoces el dicho que afirma que detrás de un gran hombre hay una gran mujer?

—Lo conozco, aunque creo que depende de la naturaleza de ambos.

—¡Exacto! Mi padre se comporta como un tonto porque la mujer que tiene al lado lo manipula a su antojo.

—¿Y cómo era tu madre?

—Era excepcional. Una mujer capaz de postergar su propio cansancio por el bienestar ajeno; era ingeniosa, amable y atenta. Me enseñó tanto que su partida dejó un vacío que no he logrado llenar en todos estos años.

Nick me escuchó con absoluta atención. La sensibilidad me ganó de nuevo y un par de lágrimas rodaron por mi rostro; él me extendió

un pañuelo de inmediato.

—Es difícil olvidar a alguien tan significativo. Te entiendo, pues perdí a mi padre y comparto ese sentimiento.

—Lo lamento mucho —dije mientras me limpiaba los ojos—. ¿Era tan apuesto como tú?

Nos quedamos en silencio, sumidos en una mirada que duró unos segundos más de lo habitual. La incomodidad se instaló entre nosotros.

—Es decir… si se parecía a ti, a eso me refiero —corregí con rapidez.

Maldición.

Él sonrió con picardía.

—Sí, me parezco a él, pero no sé si soy apuesto —bromeó.

—Por favor —bufé—. Eres un hombre muy atractivo.

«Cállate ahora mismo, Colette», me recriminé internamente.

—¿Cómo dijiste? —rio a carcajadas—. Eres muy graciosa.

—Sí, grasosa… —bromeé para ocultar mi sonrojo.

—¡Graciosa! —exclamó y, de repente, me apretó las mejillas con suavidad—. Dan ganas de apretarte, pero luego recuerdo que solo soy el guardaespaldas de una mujer admirable.

Sentí que mis ojos brillaban ante sus palabras.

—No sabía que tenías este talento —alcancé a decir con las mejillas apretadas—. Me refiero a la cocina.

Él negó con la cabeza, divertido, y me soltó.

—Poseo muchas habilidades que no te imaginas —añadió, alzando una ceja.

Bebí un poco de café y casi me atraganto. Por suerte, el teléfono de Nick sonó en ese instante, rompiendo la tensión. Realmente no tengo talento para el coqueteo. Necesito clases con urgencia.

—¿Hola? —respondió Nick—. Sí, Garrett. Ella está conmigo, estamos cenando.

Él se alejó un poco, pero alcancé a oír un grito del otro lado de la línea anunciando que Garrett ya regresaba a casa. Le quité el móvil a Nick y me refugié en mi habitación.

—¡Garrett! ¿Por qué tratas a Nick de esa forma? —le reclamé en cuanto cruzó el umbral.

—Colette, no le creas nada. No se te ocurra caer en sus redes.

—¿Qué redes? Por Dios, Garrett.

—Eres ingenua y no ves sus verdaderas intenciones.

—Claro que las veo. Ya no soy la niña que crees.

—No he dicho eso —respondió mientras abría la puerta de mi dormitorio. Me sorprendió encontrarlo allí—. Sé que no eres una niña, pero no quiero que sufras.

—¿Sufrir por qué?

—Porque lo conozco y no es el tipo de hombre que imaginas.

Garrett no abandonaría la habitación hasta que me contara toda la verdad.

«Crecer con un padre presente pero ausente fue admirar su sombra y anhelar su abrazo; fue verlo día tras día y, aun así, extrañarlo. Su silencio fue la lección que quedó grabada en mi mente. No me dolió su falta de apoyo emocional, me dolió que no lo notara. Por eso, no te odio; de hecho, te quiero, pero ya no te busco. Decidí sanar cuando comprendí que tu ausencia no era mi culpa. Dejé de esperar para permitir que la niña que fui pudiera,
finalmente, crecer».

27

Empujé a Garrett hacia la cama con una fuerza que no sabía que poseía.

—¡Colette! —protestó él.

—Nada de Colette. Habla de una vez: ¿por qué odias tanto a Nick? —le exigí, situándome frente a él con determinación.

—Soy tu amigo, pero también soy hombre —dijo, alzando las cejas.

—No seas idiota, responde.

—Es que nunca una mujer me había tratado con tanta firmeza.

Lo miré con ganas de aniquilarlo.

—¿Y yo qué soy? ¿Un alma caritativa? —pregunté molesta.

—Bueno, eres como un pan recién horneado… —rio él—. Tibio y con mantequilla.

—Concéntrate —le dije, sujetando sus muñecas con fuerza por encima de su cabeza.

—Está bien… no es sencillo de explicar.

—Solo dilo.

—Siento celos —murmuró al fin.

—¿Qué?

—Eso. Celos.

—No te creo. ¿Celos de qué?

—Querías la verdad y ahí la tienes. Siempre he sido celoso contigo debido a nuestra amistad.

Intentó incorporarse, pero no se lo permití.

—Dime la verdad completa, Garrett.

Él suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿Podemos hablar como adultos?

Solté su agarre y me aparté.

—¿Desde cuándo eres tan ruda? —se quejó.

—Desde que empecé a sentir que las personas que quiero me ocultan cosas.

Caminé hacia el balcón y abrí el ventanal; necesitaba el aire fresco de la noche. Garrett se acercó y se apoyó en la barandilla a mi lado.

—¿Cuándo te he mentido? —preguntó con sinceridad.

—Ahora mismo siento que lo haces. Después de las amenazas y de buscar refugio aquí, necesito transparencia. Si no, lo mejor será que vuelva con Abby.

—No quiero que te vayas, Ett. Y no miento. Con Nick ocurrieron situaciones en el pasado.

—¿Se conocían desde antes? —pregunté sorprendida.

—¿De verdad no lo recuerdas?

—No. Solo conozco su currículo como guardaespaldas. ¿Quién es él?

—Lo descubrí hace poco al investigar su pasado.

—Vaya, ahora eres detective. Dime quién es.

—Es Nicholas Becket.

—Eso ya lo sé, genio. Dame un detalle que me ayude a recordarlo.

Él sonrió con ironía.

—¿Recuerdas al chico que todos molestaban en el colegio?

Hice memoria, intentando rescatar algún rostro de mi infancia, hasta que mi mente dio con la respuesta. Abrí la boca con asombro; Garrett asintió, confirmando mis sospechas.

—¿El que todos rechazaban? —pregunté con duda.

—El mismo.

—¿El que tenía sobrepeso?

—Así es.

—¡¿Aquel al que le di mi primer beso?! —exclamé.

—¡¿Qué?! —gritó Garrett, estupefacto.

—Vaya… la madurez lo ha tratado increíblemente bien —murmuré para mis adentros mientras regresaba a la habitación.

—¡Colette! ¿Cómo que le diste tu primer beso? ¡Regresa y explica eso!

—Cierto, tú debes explicarme por qué no pueden tratarse de forma civilizada —repliqué, volviéndome hacia él.

—¿En serio te besaste con él?

—Olvídalo, seguro que él ni lo recuerda. Qué pequeñas son las vueltas de la vida.

—Claro que lo recuerda. ¿Cómo podría olvidar algo así?

—Fue durante un viaje del instituto. Jugábamos a la botella y nadie quería besarnos, así que nos enviaron al bosque a los dos. Y ocurrió.

—¿Y cómo fue? —preguntó él con una curiosidad mal disimulada.

—¿Por qué te interesa? No te vas a enojar, ¿verdad?

—Dime ya si fue especial o si lo disfrutaste.

Solté una carcajada al verlo tan serio.

—¿Cómo puedes preguntar eso? Teníamos once años.

—A esa edad uno ya sabe si le gusta algo o no.

—Eres increíble. Además, aún no respondes a mi pregunta.

—Dímelo tú primero y luego responderé yo.

—No lo sé, Garrett. Fue un beso fugaz, casi insignificante… apenas lo recuerdo.

—Mientes, te estás riendo.

—No es verdad.

—Tus ojos te delatan —dijo él, entrecerrando los suyos.

—Está bien, basta. Es tu turno.

—¿Recuerdas a la chica con la que salí hace unos años?

—He conocido a cinco de tus parejas, Garrett.

—¿Te parece mucho?

—Para no ser nada serio, sí. No sé qué buscas en una mujer.

—No soy tan superficial como crees.

—Lo sé, por eso somos amigos. ¿A cuál de todas te refieres?

—A la rubia de ojos azules.

—¡Ah! Aquella mujer tan desagradable que quiso ser modelo y Louis terminó despidiendo.

—Omitamos ese detalle. Resulta que tu guardaespaldas también salía con ella.

—Así que te engañó.

—Ellos me engañaron.

—No, ella te engañó. Estoy segura de que Nick no sabía que ella estaba contigo.

—Te atrae Nick, ¿verdad? —preguntó él de repente.

—No lo sé. Me parece atractivo, sería absurdo negarlo. Pero, ¿de qué sirve fijarme en alguien si nunca me han amado de verdad? Solo terminaré sufriendo.

—¿Crees que habría permitido que cualquier mujer viviera en mi casa? Jamás. Eres la única, Colette.

—Pero somos amigos, Garrett. Muy buenos amigos.

—Y eso podría cambiar.

Entró en la habitación dejándome sumida en mis pensamientos. ¿Cambiar para mejor o para peor?

28

«Cambiar para mejor o para peor». Aquella frase se repetía en mi mente como un eco persistente.

—Apolo —le dije a mi cachorro—, ¿por qué los hombres son tan complicados?

El pequeño ladeó la cabeza y me respondió con un ladrido juguetón. Me disponía a buscar a Garrett cuando el timbre de la casa resonó en el pasillo. Salí de la habitación y los vi: Garrett y Nick corrían hacia la entrada, compitiendo por llegar primero al monitor de la cámara de seguridad.

Comenzaron a empujarse con un ímpetu casi infantil. Garrett tropezó y, en un acto de desesperación, sujetó los pies de Nick para frenarlo.

—¡Suéltame, Garrett! —gritó Nick—. Ese paquete lo encargué yo.

—¡Mentira! Yo hice el pedido —replicó Garrett mientras intentaba ponerse en pie.

Se enzarzaron en un forcejeo ruidoso. Garrett logró levantarse y empujó a Nick, quien, para no caer solo, se aferró a la camisa de Garrett. Ambos terminaron en el suelo, revolcándose entre quejas.

—¿Pero qué demonios están haciendo? —les grité, perdiendo la paciencia.

Los dos permanecieron tendidos, jadeantes por el esfuerzo de su absurda disputa. Puse los ojos en blanco y abrí la puerta. Allí estaba el conserje, con una expresión de desconcierto idéntica a la mía al observar a los dos hombres en el piso.

—Buenas noches. Tengo dos paquetes para la señorita Colette Van Maarsen.

—Buenas noches —respondí al recibirlos.

Firmé la recepción y cerré la puerta. Al darme la vuelta, Garrett y Nick se habían incorporado y me observaban con una sonrisa de

satisfacción que me resultó inquietante.

—Me dan miedo los dos —les advertí, señalándolos con el dedo.

—Déjame ayudarte —dijo Garrett acercándose con rapidez—. Uno de esos es mi regalo.

—El otro debe ser el mío —intervino Nick, intentando arrebatar las bolsas.

—¡Basta, por favor! —les aparté las manos con un golpe suave—. Yo los abriré.

Caminé hacia la sala de estar y extraje una caja elegante de la primera bolsa; de la segunda surgió otra idéntica. Los miré con incredulidad. Al abrir la primera, descubrí un teléfono de última generación. Al abrir la segunda, encontré exactamente el mismo modelo.

—Vaya… —Me quedé sin palabras—. Muchas gracias, de verdad. ¿Se pusieron de acuerdo para comprar lo mismo?

Ambos resoplaron y se lanzaron miradas hostiles. De pronto, un pitido agudo y rítmico comenzó a brotar del interior de una de las cajas. La alarma se intensificaba con cada segundo.

—¿Qué es eso? ¿Acaso es un teléfono para Apolo? —bromeé, intentando aliviar la tensión.

—¡Corran! —gritó Nick de repente.

Me arrebató la caja de las manos con una fuerza fulminante. Garrett y yo corrimos hacia la cocina justo antes de que una explosión ensordecedora hiciera retumbar las paredes del apartamento. El suelo tembló bajo mis pies. Abracé a Garrett, aterrorizada por el estruendo. Cuando el ruido cesó, el pánico se transformó en angustia por la suerte de Nick. Regresamos a la sala, que ahora estaba sumergida en un humo denso y gris. El hedor a plástico quemado hería la garganta.

—¡Garrett! ¿Dónde está Nick? ¡No lo veo! —exclamé con desesperación.

29

Escuché los gruñidos de Apolo a mis espaldas mientras la adrenalina recorría mi cuerpo. Tomé al cachorro en brazos para protegerlo.

—¿A dónde fue ese…? —Garrett guardó silencio, conteniendo un insulto hacia Nick.

El detector de humo emitía un sonido estridente. Garrett se apresuró a abrir los ventanales para que el aire circulara. A medida que el humo se disipaba, el desastre en la sala se hacía más evidente, pero Nick seguía sin aparecer. De pronto, la puerta de entrada se abrió de par en par.

Nick entró con la respiración agitada. Llevaba la camisa destrozada, dejando al descubierto un torso cuya musculatura parecía esculpida en mármol. Su abdomen, marcado con precisión, era una visión perturbadora en medio del caos. «Concéntrate, Colette», me ordené a mí misma. Me costaba asimilar que aquel hombre fuera el niño con el que compartí mi primer beso.

—¡Nick! ¿Dónde estabas? Pensé que…

—Pensaste que se había despedazado —interrumpió Garrett con una carcajada amarga—. Con lo débil que aparenta ser.

—Para tu desgracia, sigo entero —replicó Nick con frialdad. Luego se volvió hacia mí—: Salí en cuanto advertí que era un artefacto explosivo. Bajé al primer piso para interrogar al conserje y averiguar quién entregó los paquetes.

—¿Y qué descubriste? —preguntó Garrett, ahora más serio.

—Fue un repartidor de la tienda, pero no sabe cómo se infiltró esa bomba entre los pedidos. —Nick se sacudió los restos de hollín del pecho—. Lo que tengo claro es que el responsable de las amenazas es quien envió esto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirí.

—Por el logotipo. He notado que en las imágenes que aparecieron en la empresa y en el mecanismo de la bomba figura un símbolo similar al envase de un perfume. Aparece al final de cada mensaje. ¿Te resulta familiar?

—Tú siempre usas mucho perfume, podrías ser tú —lo acusó Garrett.

—No seas idiota.

—¡Basta ya! —les recriminé—. Compórtense como adultos.

—Las frutas son las que maduran, Ett —respondió Garrett con una pequeña sonrisa.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar que su intento de broma me relajara un poco.

—La verdad, no tengo idea… Mis principales sospechosas son la esposa de mi padre y mis hermanastras.

—Bien. Empezaremos la investigación por ese lado. Ahora, despejemos este desastre —concluyó Nick con autoridad.

30

Dejé a Apolo en el suelo y comenzamos las labores de limpieza. Aproveché un momento de distracción para acercarme a Nick.

—Nick, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, dime.

Garrett permanecía a nuestro lado, fingiendo que no escuchaba.

—A solas —añadí—. Garrett, ve a revisar si comenzó a llover.

Él me lanzó una mirada cargada de reproche, tomó las bolsas con los restos de la explosión y se dirigió al contenedor de basura del edificio.

—Garrett me contó el motivo de su enemistad —comencé a decir, una vez que estuvimos solos.

Nick interrumpió su tarea de inmediato.

—¿Te lo contó? ¿Sobre nosotros?

—Sí. Lamento mucho no haberlo recordado antes —dije con sinceridad.

—No te preocupes por eso. Ha pasado mucho tiempo. Fue una etapa de mi vida que evoco con nostalgia, pero que también me causó mucho dolor.

—Creo que comparto ese sentimiento. Éramos los niños menos populares de la clase —comenté con una sonrisa triste.

—Sí —asintió él con humor—. Pequeños y robustos.

Solté una carcajada que rompió el hielo entre los dos.

—Cielos… ¿Cómo lograste este cambio, Nick?

—Disciplina, mucho ejercicio y una dieta estricta. Suena sencillo, pero requirió transformar mi vida por completo.

—Ese es mi problema. A diferencia de la tuya, mi pubertad no me otorgó ningún beneficio —suspiré.

—Te equivocas —objetó él—. Posees un encanto que no he visto en ninguna otra mujer.

—Lo dudo.

—¿No me crees? Si me lo permites, te diré la verdad de lo que veo.

—Es evidente que piensas que sigo siendo aquella niña descuidada —dije, bajando la mirada.

Nick me observó con una mezcla de ternura y reproche ante mis palabras. Se acercó a mí y, con su dedo índice, dio unos toquecitos suaves en mi frente.

—Eres hermosa y debes convencer a tu mente de ello. Aunque proyectas una personalidad fuerte y un liderazgo natural, tienes un corazón sensible que te hace única.

Retiró la mano y yo hice una mueca, sintiéndome vulnerable bajo su mirada.

—No lo sé, Nick. Intento ser positiva, pero mi vida está de cabeza.

—¿Quieres que te ayude a ponerle orden?

—¿Qué? —pregunté, confundida por su juego de palabras.

Ambos reímos.

—Dices que tu vida está de cabeza, quizá necesites apoyo para enderezarla. ¿Por dónde quieres comenzar?

—Por quitarte esa ropa —solté de inmediato. Al notar el silencio, mis ojos se abrieron de par en par—. Es decir… no puedes seguir con la camisa destrozada. Después de eso, creo que deberíamos organizar un menú y la gestión de las comidas.

Él soltó una carcajada vibrante y se dirigió hacia su bolso de viaje para buscar ropa limpia.

—¡Así se hará! —exclamó con entusiasmo mientras se alejaba.

31

Me encontraba abrumada con dos teléfonos sonando de forma simultánea; sin embargo, decidí que poseer dos dispositivos no era una idea tan descabellada. En uno organicé mis contactos profesionales y todo lo relacionado con la empresa, mientras que el otro lo reservé para mis amistades más cercanas, que se podían contar con los dedos de una mano. Al revisar las configuraciones, noté que Garrett se había registrado como contacto de emergencia, mientras que Nick aparecía como «Guardaespaldas» acompañado de un emoji de corazón; un detalle del que no me percaté hasta ese instante.

Respecto a la nueva disciplina que decidí imponer en mi vida, comencé por enfrentarme a la báscula. Para mi estatura de un metro con setenta y seis centímetros, pesaba ciento diez kilos. Más allá del humor, era una cuestión de salud que debía atender con seriedad. Mi peso ideal debía rondar los setenta kilos o menos, pero mi memoria solo parecía registrar el camino para subir de peso, nunca para descender. ¿Por qué el proceso de adelgazar resultaba tan arduo mientras que ganar volumen era tan sencillo? ¿Por qué la comida más deliciosa era precisamente la que debía evitar? El concepto de ejercicio me resultaba todavía un territorio hostil. ¡Necesitaba auxilio!

32

Cuando el hambre aprieta, el delirio se manifiesta en forma de banquetes imaginarios. Veía porciones de pizza flotar ante mis ojos, percibía el aroma del queso fundido y creía sentir el sabor del chocolate en mi paladar. La ansiedad me consumía. Me levanté de la cama al amanecer, quince minutos antes de que sonara la alarma, incapaz de ignorar las protestas de mi estómago tras cinco días de estricta dieta. Nick se encargaba de confiscar cualquier rastro de comida chatarra que llegara a mis manos; empezaba a desarrollar un resentimiento genuino hacia él.

El objetivo inicial era eliminar la retención de líquidos que me hacía sentir hinchada, por lo que incluimos sesiones de masajes en la rutina, la única parte del proceso que realmente disfrutaba. Me sometí a exámenes médicos y busqué momentos de relajación para llegar radiante a la presentación programada en menos de dos semanas. Siempre fui consciente de que mi complexión era media; no pretendía compararme con mujeres de extrema delgadez. Mi enfoque era la salud y el bienestar personal, lejos de cánones estéticos inexistentes, pues comprendía que cada cuerpo es un universo diferente.

Al salir de mi habitación, noté que la puerta de Garrett estaba abierta. Me froté los ojos para asegurarme de que lo que veía no fuera una alucinación producto del ayuno. Enfoqué la mirada y el corazón me dio un vuelco: Garrett estaba completamente desnudo, de espaldas, sin un solo hilo de ropa que cubriera su anatomía. Tragué saliva con dificultad ante aquella visión del «pijama de Adán». En ese momento, su alarma comenzó a sonar y él hizo un amago de moverse. Salí huyendo hacia la cocina, aunque me quedó la sospecha de que alcanzó a notar mi presencia. Maldición.

33

Me refugié en la cocina y comencé a preparar el desayuno con la intención de borrar aquella imagen de mi mente. «Garrett es solo tu amigo, Colette, recupérate», me repetía internamente. Mientras tostaba el pan, vibró el teléfono destinado a mi círculo íntimo; era Abby.

—¡Abby! —contesté con desesperación—. Sácame de aquí, amiga, te lo ruego —susurré.

—¿Ett? ¿Qué te ocurre?

—Esto es una tentación constante para mí.

—¿De qué hablas? —rio ella con ganas.

—Hablo en serio, Abigail.

—Está bien, cálmate. ¿Quieres que vayamos de compras hoy? ¿A comer un helado?

Dudé antes de pronunciar palabras que jamás creí decir.

—No puedo comer helado, estoy a dieta.

—¿Tú? ¿A dieta?

—Para que veas cuánto ha cambiado mi mundo en estos días.

—Existen opciones sin azúcar —me tentó ella.

—¿Tú también vas a ponerme a prueba?

—Con que ese es el problema, ¿eh? La tentación te rodea.

—Ya basta —reí por fin—. Prepárate, me daré un baño y saldré con Apolo.

—De acuerdo, pero tenemos un inconveniente.

—¿Cuál?

—Nick irá contigo. Recuerda que es tu guardaespaldas y no te dejará sola.

—Está durmiendo, intentaré salir antes de que despierte.

Me di la vuelta y descubrí que el pan no estaba tostado, sino carbonizado. El olor a quemado atrajo a Nick, quien entró corriendo

a la cocina y colisionó conmigo. Mi rostro impactó directamente contra su pecho desnudo y el teléfono se me resbaló de las manos. Al intentar sostenerme, mis palmas se apoyaron en su abdomen firme. Los nervios me traicionaron y comencé a recitar una oración a toda velocidad.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre… bendice este pan y que sea de provecho.

Reaccioné al escuchar las carcajadas de Abby a través del celular y al ver a Nick negar con la cabeza, divertido. Con el cabello despeinado y esa expresión de recién despertado, lucía terriblemente atractivo. Me di un ligero golpe en la mejilla para recuperar el juicio y recogí el aparato.

—Creo que… debo irme —murmuré antes de huir hacia mi cuarto.

—¡Espera! Tengo que acompañarte —escuché que gritaba Nick a mis espaldas.

Me encerré en la habitación, avergonzada. ¿Qué me estaba pasando?

34

Creí haberme librado de los interrogatorios de Garrett y de la vigilancia de Nick al llegar al centro comercial con Abby. Con Apolo resguardado en su bolso de transporte, intentábamos decidir qué ordenar del menú. Observé de reojo a Nick, sentado a unas mesas de distancia; fingía leer un libro mientras me vigilaba con discreción por encima de las páginas. No lograba descifrar si su atención se centraba en mi seguridad o en mis elecciones alimenticias.

—Abby… estoy confundida.

—¿Aún no sabes qué pedir?

—No, tonta. Me refiero a Nick y a Garrett.

—¿Qué sucede con ellos?

—¿No te parece extraño que conviva con dos hombres y que todo fluya con tanta normalidad?

—Depende. ¿Aún sientes algo por Garrett?

—Ese es el error. Por eso estoy confundida. Garrett me acosa a preguntas cada vez que salgo con Nick, y Nick, por su parte, se comporta de una manera extremadamente dulce conmigo.

—Tal vez les gustas a los dos —se burló ella mientras llamaba a la camarera.

Suspiré y busqué a Nick con la vista, pero ya no estaba en su sitio. Su ausencia repentina me inquietó. Ordené algo saludable para evitar sermones posteriores.

—Si quieres, puedo hablar con Garrett para averiguar qué le pasa —ofreció Abby.

—No lo sé —respondí, distraída, escaneando el lugar en busca del guardaespaldas.

—Decídete pronto —rio ella—. Iré al baño mientras traen la comida. ¿Vienes?

—Te espero aquí, no quiero que piensen que nos vamos sin pagar.

Asentí y ella se alejó. La inquietud creció al no hallar rastro de Nick, así que tomé el teléfono para llamarlo. Tenía un mal presentimiento que se confirmó al ver una notificación de un número desconocido. Era una fotografía mía, tomada hace apenas unos instantes desde un ángulo que no percibí. Mis sentidos se alertaron y marqué el número de Nick de inmediato. De pronto, unos brazos me rodearon desde atrás y sentí un objeto punzante presionando mi espalda. Una voz susurró con un tono cantarín e intimidante:

—Juguemos en el bosque mientras el lobo no está, Colette.

35

Al escuchar aquella frase, una parte de mí deseó desesperadamente que fuera una broma pesada de Garrett. Pero el hombre que me sujetaba, oculto tras una gorra y una mascarilla negra, me conducía con firmeza hacia el estacionamiento. Logré distinguir sus ojos pardos y un tatuaje en la muñeca: el mismo diseño del frasco de perfume que había aparecido en las amenazas y en la bomba. Era él.

Rogué internamente para que Nick hubiera atendido la llamada o que el GPS de mi móvil estuviera activo. Estaba paralizada por el terror. El filo del arma blanca contra mi piel me impedía gritar. Me aferré a Apolo, que no dejaba de ladrar con furia. Al llegar a una furgoneta negra, la puerta se deslizó. El sujeto me soltó un segundo y aproveché para gritar e intentar huir, pero él me empujó con violencia. En el forcejeo, logré arrancarle la mascarilla y la gorra de un tirón. Antes de que pudiera ver su rostro con claridad, alguien me cubrió la boca con un paño impregnado de un olor químico fuerte. Mi cuerpo se desvaneció y caí al suelo. Lo último que alcancé a distinguir antes de que la oscuridad me envolviera fue el rostro de Nick.

¿Qué hacía él allí? ¿Dónde había estado oculto todo ese tiempo?

36

No comprendía nada de lo que sucedía. La cabeza me estallaba debido al aturdimiento y un persistente olor a etanol inundaba mis fosas nasales; no cabía duda de que me habían drogado. Lo único que lograba percibir era que me encontraba dentro de un carrito de supermercado, despojada de toda dignidad, avanzando a gran velocidad entre los vehículos del estacionamiento.

Abrí los ojos con esfuerzo y miré hacia atrás: Nick corría a mi lado, empujando el carro con desesperación. ¿Intentaba salvarme? Las orejas de Apolo se plegaban hacia atrás por la resistencia del viento.

—¿Nick? ¿Qué ocurre? —balbuceé, sintiéndome como si estuviera bajo los efectos del alcohol.

—¡Colette, este es un pésimo momento para darte explicaciones! —gritó él, jadeando por el esfuerzo.

De pronto, un grupo de hombres vestidos de negro nos interceptó. Nick tuvo que soltar el manubrio para defenderse y el carro continuó su trayectoria sin control. Grité con todas mis fuerzas al ver que me dirigía directo hacia una pared de concreto, pero entonces, una figura se interpuso en mi camino. Era Garrett.

—¡Quítate, Garrett! ¡Apártate! —le advertí para evitar el impacto.

—¡No! —bramó él.

Corrió hacia mí y se lanzó sobre la parte delantera del carro para frenarlo con su propio peso. El golpe contra el muro fue inevitable, pero perdió intensidad. Garrett soltó un gruñido de dolor y yo bajé de inmediato, tambaleante.

—¡Garrett! ¿Estás bien? —pregunté mientras él se encogía, sujetándose la espalda.

—¿Tú estás bien? Respóndeme, Colette.

—¡Sí, sí! —exclamé, aunque el mareo me provocaba intensas náuseas.

A lo lejos, Nick derribó a uno de los atacantes y nos gritó con urgencia:

—¡Llévatela a casa! ¡Ahora!

—Vamos, rápido —me apremió Garrett, tomándome de la mano.

—¡Espera! ¿Y Nick? Lo vi en la furgoneta hace un momento… ¿Y Abby? No la encuentro.

—Él sabe cuidarse solo. ¡Tenemos que correr!

Apresuré el paso, aunque las dudas me taladraban el juicio.

—¿Dónde está Abby? ¡Maldición!

—Colette, ella está en la empresa.

—¿Cómo que en la empresa? Estábamos juntas hace un instante.

—Eso fue ayer, Colette. ¡Apresúrate!

Me empujó al asiento trasero del auto junto a Apolo y arrancó a toda velocidad. En una maniobra digna de una película de acción, cruzó el vehículo frente a Nick, quien acababa de asestarle un último puñetazo a su oponente.

—¡Sube, idiota! —le gritó Garrett.

Nick saltó al asiento del copiloto y el auto chirrió al salir del estacionamiento. El movimiento brusco y el sabor amargo en mi boca fueron demasiado; el mundo se desvaneció de nuevo.

37

Cuando recuperé el sentido, me percaté de que no estaba en el departamento de Garrett ni en el mío. Me encontraba en casa de Abby.

—Ya despertó —escuché un susurro cercano.

—¿Qué sucedió? —pregunté con voz débil.

Apolo saltó sobre la cama, lamiendo mi rostro con alegría. Lo acaricié mientras intentaba que el techo dejara de dar vueltas. Abby estaba sentada a un costado y Garrett al otro; Nick, en cambio, permanecía de pie junto a la ventana, vigilando la calle con cautela.

—¿En qué momento te marchaste? —le pregunté a Abby, con un rastro de sospecha en la voz.

—¿Te refieres al restaurante? Ya te lo dije, Ett: fui al baño.

—¿Y después? ¿Por qué desapareciste?

—Cuando salí, ya no estabas. Te busqué por los alrededores y entonces encontré a Nick.

Él se volvió al escuchar su nombre. Me incorporé con dificultad y lo señalé.

—Muéstrame tu muñeca, Nick.

—¿Mi muñeca? ¿A qué viene eso? —preguntó, confundido.

—Esa no, la otra.

—¿Qué sucede, Ett? —intervino Garrett.

—Estoy segura de que te vi en esa furgoneta, Nick.

Él me mostró ambos brazos; la piel estaba limpia, sin rastro del tatuaje que creí ver.

—¿No recuerdas nada con claridad?

—Recuerdo que estabas allí, secuestrándome —murmuré, aunque mi seguridad empezaba a flaquear—. Primero te perdí de vista, luego recibí esa foto… Alguien me amenazó y, cuando estaban por subirme al vehículo, te vi a ti. Estoy segura.

—Claro que estuve allí —explicó Nick con paciencia—. Me alejé de tu vista para cambiarme de mesa y vigilarte de incógnito desde atrás. Vi cómo te tensaste al mirar el teléfono y, cuando ese tipo se acercó para intimidarte, los seguí al estacionamiento. Esperé el momento oportuno; cuando le arrancaste la mascarilla, intervine.

Relató cada detalle con una calma que me hizo dudar de mis propios sentidos. No tenía el tatuaje ni los ojos pardos del atacante. El cansancio me venció y suspiré.

—Estás confundida porque te drogaron —prosiguió él—. Todo pasó muy rápido. Al verme, creíste que era uno de ellos. Tuve que decidir en fracciones de segundo si debíamos arriesgarnos a subir a la furgoneta para descubrir quién está detrás de todo esto.

—¿Y qué hiciste?

—Me subí, amenacé al conductor con su propia arma y le exigí que me llevara al cuartel general. Pero el tipo prefirió lanzarse del vehículo en plena marcha. No sé si sobrevivió. Activé el GPS de la furgoneta y me condujo a una bodega lejana.

—¿Y qué encontraste allí? —pregunté con ansiedad.

—Nada. Estaba vacía.

—¿Cómo que nada? ¡Tiene que haber algo! —exclamé, bajando de la cama—. ¿Contra quién estamos luchando?

—Ese es el problema: no lo sabemos —dijo Garrett—. Tendremos que esperar a que den el siguiente paso.

Me agaché para buscar mis zapatos y, bajo el borde de la cama, encontré varios aerosoles de pintura. Se me heló la sangre al recordar la palabra que habían escrito en la pared de mi hogar. Tomé uno y se lo mostré a Abby.

—¿Por qué tienes los mismos sprays con los que vandalizaron mi departamento?

38

La confianza nunca ha sido mi fuerte. Me han traicionado tantas veces que aprendí a construir murallas a mi alrededor. Cuando intento entregarme, el miedo a que jueguen con mis sentimientos me paraliza. Incluso mi propio padre me dio la espalda. Muy pocos podían jactarse de tener mi lealtad; la mayoría se acercaba por interés profesional o personal.

¿Pero Abby? Éramos amigas desde la infancia. No podía creerla capaz de algo así. ¿Qué ganaría ella? ¿Envidia? No tenía sentido. Mis sospechas iniciales sobre mis hermanastras o su madre también flaqueaban; carecían de la inteligencia necesaria para un plan tan elaborado y a nadie le convenía que yo perdiera el control de la empresa.

Sin embargo, la duda era una semilla amarga. Necesitaba huir, sentirme protegida como cuando mi madre vivía. Ella era mi único hogar verdadero y ahora su ausencia pesaba más que nunca. Agotada y sintiéndome un pajarito desamparado, aproveché la madrugada para escapar con Apolo. Subí a mi auto y conduje sin rumbo fijo, dejando atrás a todos.

«Confiar en los demás tras haber sido herida me hizo sentir vulnerable. Comprendí que no todos merecen conocer mi historia completa; algunos aparecen para enseñarte de quién debes protegerte y otros para recordarte que aún es posible creer. Establecer límites fue mi propia revolución para dejar de sobrevivir y empezar, finalmente, a liderar mi vida».

39

Vi amanecer frente al mar. Ver a Apolo correr por la arena me devolvió un poco de paz. ¿Sería él el único ser en quien podía confiar plenamente? Ignoré múltiples llamadas. Abby me envió un audio explicando que aquellas pinturas eran suyas, pero que las usaba para sus cuadros de arte moderno; incluso me envió fotos de sus obras como prueba.

Aunque la desconfianza seguía latente, su explicación era coherente. Decidí creerle, o al menos, intentar calmar mi paranoia

40

Hacía mucho tiempo que no experimentaba tal nivel de relajación. Llevaba dos días hospedada en un hotel frente a la costa, con los teléfonos apagados. Sabía que Nick me encontraría tarde o temprano por el GPS, pero necesitaba este aislamiento antes de la gran presentación de la línea de ropa. El miedo a que arruinaran el desfile después de meses de esfuerzo me producía un estrés constante.

Estaba por solicitar la cena cuando llamaron a la puerta. Por la mirilla vi a un camarero con un carrito de servicio. Me extrañó, pues aún no había pedido nada.

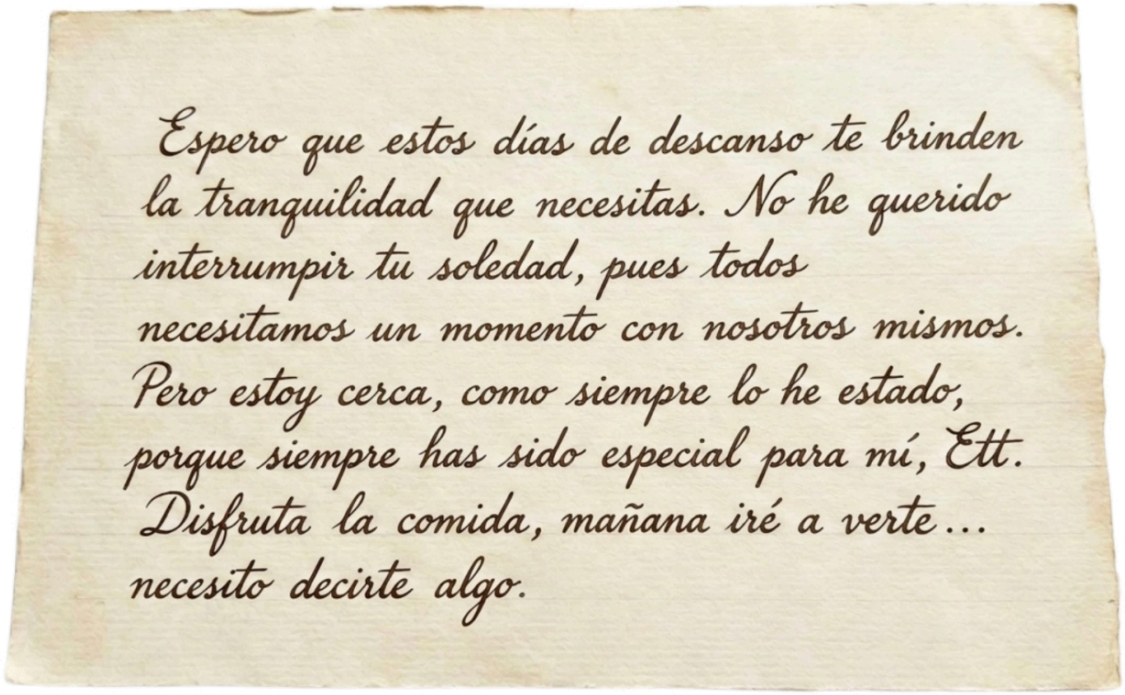
—Buenas noches, señorita Van Maarsen. Le traigo la cena.

—Gracias, pero no he ordenado nada todavía.

—Un huésped se la envía como regalo. Ya está todo pagado.

Pasó a dejar las bandejas y se marchó tras un guiño cómplice, sin revelar la identidad del remitente. Al destapar los platillos, el aroma de la carne jugosa me tentó de inmediato. «Al carajo», pensé, «si he de morir, que sea con un buen filete en el estómago».

Junto al plato encontré una nota sin firma:


Espero que estos días de descanso te brinden
la tranquilidad que necesitas. No he querido
interrumpir tu soledad, pues todos
necesitamos un momento con nosotros mismos.
Pero estoy cerca, como siempre lo he estado,
porque siempre has sido especial para mí, Ett.
Disfruta la comida, mañana iré a verte…
necesito decirte algo.

¿Abby? ¿Garrett? ¿Nick? La ausencia de firma me irritó, pero el hambre fue más fuerte. Con el corazón un poco más contento, me puse un vestido cómodo y salí a caminar por la orilla del mar bajo el cielo estrellado. Me quité las sandalias para sentir el cosquilleo de la arena húmeda mientras Apolo jugaba con las olas.

De pronto, los ladridos de Apolo se volvieron agudos y agresivos. Se alejó corriendo hacia la oscuridad y, al seguirlo, distinguí la silueta de un hombre alto y corpulento que se aproximaba con rapidez. El terror volvió a tensar cada músculo de mi cuerpo. Dios, que no sea lo que estoy pensando.

41

Fue una sensación extraña; el miedo se disipó para dar paso a una inesperada tranquilidad cuando percibí que eran los brazos de Nick los que me rodeaban, estrechándome con una fuerza que casi me robaba el aliento. Ignoro si fue una treta de mi imaginación o si, en el fondo, extrañaba ese contacto.

—¡Colette! ¿Dónde te habías metido? Estaba muy preocupado —exclamó él.

—Lo siento, Nick… Necesitaba alejarme de todo —respondí, todavía hundida en su abrazo.

Me liberó de su presión, aunque permaneció cerca. Sus manos descansaron un instante sobre mis hombros antes de soltarme con un gesto brusco, cargado de una ansiedad contenida.

—Te busqué por todas partes.

—No exageres, Nick, no me ocurrió nada.

—¿Es que no te percatas de los peligros que hemos enfrentado? —me recriminó con severidad.

—Claro que sí, pero el cansancio me supera.

—Yo solo quiero entender qué sucede, comprender qué me ocurre a mí mismo —soltó él con un rastro de desesperación.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunté, confundida por su tono.

Resopló fastidiado. Su comportamiento me resultaba un enigma difícil de descifrar.

—¿En qué mundo vives, Colette? ¿De verdad eres incapaz de notarlo?

—¿Notar qué, Nick?

—¿Por qué crees que me ofrecí para ser tu guardaespaldas?

—Es tu oficio, ¿no? ¿Qué otra razón habría?

—No.

—¿Cómo que no? Eso indicaba tu currículo.

—Solo la mitad de ese documento es real —confesó, acortando la distancia entre ambos—. Poseo conocimientos de defensa personal, es cierto, pero tú eres la primera persona a la que protejo de manera oficial.

Lo observé sin comprender el rumbo de sus palabras.

—Me presenté porque vi una oportunidad —añadió. Su voz se transformó en una confesión absoluta y sentí un vuelco en el estómago.

—Dime que no me utilizaste, Nick, porque pasarías a formar parte de una lista muy extensa de rechazados.

—No se trata de eso. Admito que alteré mis credenciales, pero lo hice con el único propósito de estar cerca de ti.

Entorné los labios, procesando la magnitud de su declaración.

—Sabes que soy algo torpe para estas cosas —murmuré para mis adentros.

En ese instante, me asaltó la duda sobre la cena y la nota que había recibido; aquello parecía la explicación más lógica.

—Me gustas —soltó él, sin preámbulos.

—Oh, por todos los cielos… —susurré, soltando una risa nerviosa —. No te creo. ¿Por qué? Es decir, ¿cómo es posible?

Él bufó y desvió la mirada hacia el cielo nocturno.

—¿Por qué no habrías de gustarme?

—No lo sé… ¡Mírame, Nick!

—Te observo, Colette, y cuanto más lo hago, más me cautivas.

—Guarda silencio —pedí, sintiendo el calor subir por mis mejillas. Agradecí la penumbra de la noche por ocultar mi rubor.

Eché a caminar hacia el hotel en un intento de huida, aunque no sabía con exactitud de qué escapaba. Él rió con suavidad y siguió mis pasos.

—Sé que Garrett te atrae… es algo que no puedes ocultar —me sorprendió con su agudeza—. Debe ser un idiota por no haberse dado cuenta.

—Él lo sabe —admití con un suspiro—. Se lo confesé hace tiempo.

—¿Y no reaccionó? —preguntó con un deje de reclamo.

—Dijo que nuestra amistad se arruinaría si algo sucedía entre nosotros. Eso fue hace ocho años; desde entonces, él ha actuado

como si nada hubiera pasado.

—En teoría, una amistad puede fracturarse, pero creo que a él simplemente le faltó valor.

—Yo prefiero pensar que no le intereso, Nick. Fue su manera sutil de advertirme que jamás me vería con otros ojos que no fueran los de una amiga.

—Acabas de confirmar mi teoría: es un idiota.

Estábamos a pocos metros de la entrada del hotel cuando Nick me sujetó de la mano, obligándome a detenerme.

—No has dicho qué piensas tú. Yo ya me he expuesto.

—Es que no lo asimilo. Eres un hombre muy atractivo y… —Hice una mueca de incredulidad—. No entiendo cómo podrías fijarte en mí.

—Deja de cuestionarlo. Soy un hombre común, como cualquier otro.

—Sí, claro, un hombre sumamente ordinario —ironicé. Él se encogió de hombros—. La verdad es que estoy confundida.

Busqué con la mirada a Apolo, que se entretenía olfateando las flores cerca de la entrada.

—¿Confundida por qué? —Me atrajo hacia él con un movimiento firme. Me rodeó la cintura y susurró muy cerca de mis labios—: ¿Esto te confunde más o te da alguna certeza?

De forma inconsciente, una melodía absurda comenzó a sonar en mi mente para ocultar el pánico, un ritmo repetitivo que marcaba el compás de mis nervios.

—Hey, Colette —pronunció él, justo en el momento en que mi mente gritaba el coro de aquella canción.

Mi nombre en sus labios sonaba como una caricia prohibida. Sabía que debía apartarme; sentía que, si permitía que nuestras bocas se rozaran, no habría retorno de la lujuria que comenzaba a invadir mi corazón palpitante. Ese órgano traicionero me delataba con cada latido.

Me besó. No ofrecí resistencia, pues resultaba imposible negarse a tal magnetismo. Sentí un escalofrío recorrer mi columna, una mezcla de placer y vértigo absoluto. El beso comenzó con una lentitud exploratoria, casi cautelosa, pero pronto se tornó

apresurado y voraz. Me sumergí en ese abismo de sensaciones, perdiendo la cordura en el calor de sus labios.

De pronto, un grito rompió el encanto. Escuché mi nombre y nos separamos de inmediato. Al girarme y descubrir quién nos observaba, la culpa me golpeó como un balde de agua fría.

42

La vergüenza me invadió por completo; sentí que la tierra se abría bajo mis pies. Allí, frente a nosotros, estaba Garrett. Su rostro era una máscara de incredulidad y decepción. Sostenía un ramo de rosas entre sus manos.

Rogué internamente que aquellas flores no tuvieran una intención romántica, que mi sospecha fuera un error de mi conciencia culpable.

—Garrett —logré articular en un susurro entrecortado.

Él permaneció en silencio. Nos observó un segundo más y luego encogió los hombros con un gesto de resignación que me dolió más que cualquier reclamo. Caminó hacia la entrada del hotel, arrojó el ramo al cesto de basura con una indiferencia gélida y desapareció en el ascensor junto a Apolo.

—¿Qué hace Garrett aquí? —preguntó Nick a mis espaldas—. Es muy extraño.

Para mí no tenía nada de extraño. En ese momento lo comprendí todo. Fue él quien envió la cena y aquella nota que ahora cobraba un sentido doloroso: "Estoy cerca de ti como siempre lo he estado, porque siempre has sido especial para mí, Ett. Espero que disfrutes la comida; mañana iré a verte… necesito decirte algo".

Había venido antes de lo previsto y yo lo había arruinado.

—Es mejor que nos retiremos a nuestras habitaciones —dije con voz apagada.

—¿No prefieres buscar alguna distracción?

—No, Nick. No es un buen momento.

—Entiendo.

—No me siento bien… me duele aquí —señalé mi pecho, donde la opresión se volvía insoportable.

—¿Vas a buscarlo?

—Dudo que quiera verme ahora.

Nick rodó los ojos, visiblemente molesto.

—¿Para qué insistir, Colette? Tú misma lo has dicho antes.

—Al menos debo intentarlo. Es mi amigo y merezco enfrentar la verdad, sea cual sea.

—De acuerdo, ve. Tú y yo no tenemos un compromiso que me permita retenerte.

—Un beso no es nada, ¿verdad?

—Eso depende del beso.

Suspiré, agotada emocionalmente.

—Buenas noches, Nick.

Me alejé antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme. Entré al vestíbulo y me detuve un instante frente al ramo de flores que asomaba en la basura. Tras obtener el número de su habitación en recepción, subí al encuentro que tanto temía. Mis manos temblaban. Intenté analizar mis sentimientos en ese breve trayecto: hace un momento Nick me hacía vibrar, pero la sola presencia de Garrett había desmoronado cualquier otra posibilidad.

Me detuve ante su puerta, aclaré mi garganta y llamé. Los ladridos de Apolo no se hicieron esperar.

43

Llamé una vez más, y luego otra, pero no hubo respuesta.

—Garrett, ¿puedes abrir? —rogué con las manos apoyadas sobre la madera, esperando que me escuchara.

Transcurrieron veinte minutos de una espera angustiante. Cuando estaba a punto de rendirme, comprendiendo que quizá él necesitaba espacio, la puerta se abrió apenas unos centímetros. No fue él quien me recibió, sino el pequeño hocico de Apolo que empujaba la hoja.

—Perro traicionero —murmuré con cariño amargo mientras entraba y cerraba tras de mí.

La habitación estaba en penumbra.

—¿Garrett? —lo llamé mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Lo divisé sentado en la barra de la cocina. Sostenía una copa de whisky y me observaba con una severidad que conocía bien; era la expresión que adoptaba cuando la indignación lo consumía.

—¿Qué buscas, Colette?

—Una explicación.

—¿Sobre qué asunto en particular?

—Para empezar, ¿qué haces aquí?

—Te buscábamos. Desapareciste sin avisar y, en cuanto logré localizarte, vine hasta aquí —explicó con una frialdad mecánica.

—¿Por qué tanto interés?

—¿Acaso no es evidente? Con las amenazas que has recibido, era lo lógico.

—No hablo de la seguridad. Sé que tú enviaste la cena y esa nota. Por eso exijo una explicación.

—Ya carece de importancia —sentenció él. Se puso en pie, apuró el contenido de su copa de un trago y se sirvió más alcohol directamente de la botella.

—"Ya carece de importancia" —repetí, imitando su tono—. Claro, para ti todo es sencillo. Crees que con beber hasta el entumecimiento vas a solucionar los problemas.

—No te involucres, Colette. Regresa con Nick y déjame solo. Si tanto ansías saberlo, sí, yo envié todo aquello. Somos amigos y eso es todo. Ya puedes marcharte.

—Sírveme una copa —le ordené, firme.

—No voy a beber contigo.

—Pues yo sí lo haré.

Él suspiró con fastidio, pero no retiró la botella. Saqué un vaso de la alacena y me aproximé. Coloqué mi mano sobre la suya para disputarle el control del envase, sosteniéndole la mirada con desafío.

—No seas necio, Garrett. Dame un poco.

Él arqueó las cejas, manteniendo su gesto hosco, pero cedió y vertió el líquido ámbar en mi vaso. Sin dudarlo, lo bebí de golpe. El ardor quemó mi garganta y un calor súbito se extendió por mis venas.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó él, dejando la botella sobre el mármol tras terminar su propia dosis.

—No es mi estilo, pero el sabor es aceptable —respondí, alzando el vaso vacío.

—No me refiero al licor.

Me quedé gélida al comprender que se refería al beso con Nick.

—Ni te imaginas lo que cruza mi mente en este instante, Colette. No tienes la menor idea —se lamentó. Sus manos atraparon las mías con una fuerza repentina, atrayéndome hacia su cuerpo hasta aprisionarme contra la barra.

El aire se escapó de mis pulmones ante la cercanía. Podía oler el whisky y sentir el calor que emanaba de él.

—Aturdes mis pensamientos —prosiguió con una voz cargada de una tentación peligrosa—. En este momento, odio con todas mis fuerzas ser solo tu amigo.

—Garrett, por Dios… estás ebrio. Calla, no quiero escucharte —supliqué, aunque mi cuerpo no retrocedía.

—¿No querías emborracharme para que te confesara la verdad?

Su mirada era lúcida, filosa. Era evidente que no estaba perdido por el alcohol, sino por algo mucho más profundo. Entre el vaho del whisky y el deseo acumulado durante años, el amor que yo había custodiado en silencio amenazaba con desbordarse. No era un simple nerviosismo; era una pasión a punto de estallar.

—Garrett —susurré, buscando aire.

—¿Qué ocurre, Ett?

—Dime… ¿qué significo yo para ti?

Él acortó el escaso espacio que nos separaba, su aliento rozando mi piel.

—Eres mi todo.

44

—Eres mi todo.

¿Había escuchado bien? Una sonrisa se asomó a mis labios; una expresión entre la estupefacción y la desconfianza.

—¿Qué? —fue lo único que logré articular.

—¿Qué de qué? ¿Acaso pretendes que te lo demuestre ahora mismo? No tendría el menor inconveniente en hacerlo para que te quede claro lo que siento por ti.

Sentí que el mundo giraba.

—Garrett…

—No pronuncies mi nombre de esa forma, Colette, o no responderé de mis actos.

—Ya cállate, Garr… eh, tú —solté una risa seca, intentando disipar la tensión—. ¿Crees que soy una mujer fácil?

—En absoluto.

—¿Entonces? Si pretendes declararte así, rodeado de esa aura de sensualidad que emanas ahora mismo… —Indiqué su cuerpo con un gesto, pues aún me mantenía sujeta por las muñecas—. Pues la respuesta es no.

—Cuanto más difícil sea el desafío, mejor —respondió él, encogiéndose de hombros con una seguridad que me desarmaba.

—¿De verdad no estás ebrio?

—Que no, Colette. No desvíes el tema.

—¿Podemos hablar con seriedad? Se supone que a eso vine.

—¿Acaso tengo aspecto de estar bromeando? En ningún momento he usado un tono jocoso contigo.

Tiré de mis manos en un intento de liberarme. Garrett cedió y me soltó, situándose a mi lado. No negaré que sentí una punzada de rabia conmigo misma por dar tantos rodeos, pero él debía comprender que aquella situación me resultaba ajena. No podía claudicar con ligereza; después de todo, si algo salía mal, la única

damnificada sería yo. Tantos años de amor silencioso no se borraban con una propuesta directa, por mucho que mis hormonas estuvieran revolucionadas.

—Eres distinta, Colette. Posees una locura racional que te impide cometer imprudencias sin antes analizarlas mil veces. Yo soy el polo opuesto a esa estructura.

—Y yo envidio tu impulsividad. Desearía dejar de pensar tanto antes de actuar —me quejé con frustración.

Garrett negó con la cabeza y soltó una risa breve. Aproveché el momento para servirme un poco más de whisky.

—¿Por qué ahora? —le cuestioné—. ¿Te percatas de que mi declaración ocurrió hace muchos años?

—Porque soy un idiota y el temor a perderte me golpeó de frente cuando te vi con Nick.

—Además de impulsivo, eres sincero. No albergo dudas sobre mis sentimientos, pero me aterra que esto destruya nuestra amistad.

—Lo sé, también fue mi mayor temor —admitió él, acortando la distancia para mirarme con fijeza—. No deseo ser egoísta porque mereces la felicidad, pero creo con firmeza que te conozco mejor que nadie. Para formar una pareja sólida, primero hay que ser grandes amigos. Conozco tus gustos, tus miedos y lo que te indigna. Sé cuál es tu comida predilecta y qué cosas te hacen llorar. Conozco tus fechas importantes y lo difícil que ha sido tu vida sin tu madre. Te conozco tanto que incluso sé que sufres porque Nick te instó a seguir una dieta. Eres perfecta tal cual eres; él no tiene derecho a exigirte nada.

Me quedé perpleja. Hasta ese instante no fui consciente de las sutiles manipulaciones de Nick. Quizá sus intenciones eran buenas, pero yo me engañaba a mí misma para complacerlo, confundiendo la gratitud con el afecto.

Apuré el contenido del vaso y, por primera vez, mandé la racionalidad al olvido. Lo aferré por la solapa de la camisa con ambas manos y lo besé. Fue un impulso de «ahora o nunca». Garrett correspondió de inmediato; sus labios poseían una urgencia de la que no deseaba escapar. Aquel contacto liberó el deseo

contenido y el silencio de años, transformándolo en un beso apasionado que encendió un fuego oculto en mi interior.

Sin embargo, quise dejarlo con ansias de más. Me detuve con lentitud y retrocedí.

—¿A dónde vas? —susurró él, con la respiración agitada.

—A mi habitación —respondí, intentando recuperar el aliento.

—Entonces voy contigo.

—Garrett…

—Me llamas así y pierdo la resistencia.

Me rodeó la cintura y me empujó con suavidad hacia el sofá. Caí sobre él y un pequeño grito de sorpresa escapó de mi garganta.

—Además de todo, soy obstinado. De aquí no te marchas.

No hubo música ni pensamientos intrusivos que cruzaran mi mente; solo una certeza absoluta. No existía escapatoria entre los brazos de Garrett. Sus besos me arrastraron a perder la escasa conciencia que me restaba. Hablaba en serio, más que nunca. Me poseyó de una forma delirante y ferviente; nos pertenecimos hasta sentir que la piel se fundía en un éxtasis compartido.

45

¡Cielos! ¿Qué acaba de ocurrir?

Desperté en la cama con una sensación de plenitud absoluta. Mi respiración era pausada y mi cuerpo parecía flotar bajo los efectos de la dopamina. Estaba viva y una sonrisa incontenible iluminaba mi rostro. Me recriminé internamente por mi propia cursilería, pero no podía evitarlo.

Giré la cabeza y allí estaba él. Garrett dormía boca abajo, completamente desnudo.

—Dios mío —murmuré para mis adentros.

Se suponía que debía actuar con naturalidad, pero ignoraba cómo hacerlo tras una noche de tal magnitud. Recordé el sofá, el tránsito febril hacia la cama y cada caricia intercambiada. De pronto, noté que Apolo me observaba desde el umbral con sus ojos redondos y fijos. Me sentí extrañamente juzgada.

—¿Qué miras? —le pregunté, incorporándome un poco—. Tú no viste nada anoche.

El perro soltó un ladrido y Garrett se removió entre las sábanas con un quejido sordo.

—Cielos, Colette… ¿Qué me has hecho? —murmuró.

—¿Yo? Soy una inocente —repliqué con ironía.

Él giró el rostro y me dedicó una mirada somnolienta cargada de picardía.

—Ni tú te crees ese cuento.

Reí y me acerqué a él. Resultaba extraño encontrarnos en un entorno tan romántico después de tantos años de camaradería, pero la experiencia era fascinante. Acaricié su cabello y él cerró los ojos, disfrutando el contacto.

—¿Colette?

—¿Dime?

—Perdóname.

Aquella palabra activó una alarma de temor en mi pecho.

—¿Por qué razón?

—Por todo el tiempo que te hice sufrir con ese amor unilateral. Sabía lo que sentías y me comporté como un idiota.

—Te perdono, Garrett. Lo hice hace mucho tiempo.

Él se sentó en el colchón y yo imité su gesto.

—¿Cómo no me di cuenta antes de lo que sentía por ti? Tuviste una paciencia infinita conmigo.

—Todavía me sorprendes —admití entre risas.

—¿Debo hacer algo más para disipar tus dudas?

—Me basta con saber que soy tu todo. Con eso es suficiente.

—Te amo —soltó de repente.

—Garrett, esas son palabras muy profundas.

—Pues profundo es lo que siento por ti, aunque tú aún no has dicho nada —comentó, observándome de reojo.

Solté una risita traviesa antes de acercarme a sus labios.

—Te amo desde mucho antes que tú, Garrett.

—¿Con que así se siente? —Se llevó una mano al pecho y ambos reímos—. ¿Cuánto me amas? —insistió con tono meloso.

Adopté un aire pensativo y acorté la distancia final.

—Lo que siento por ti es inabarcable. Diría que te amo con todo mi corazón, pero me parece un órgano demasiado pequeño para compararlo con lo que me provocas. Así que te diré esto: te amo con todo mi ser.

Él sonrió y lo interrumpí con un beso lento, saboreando el dulce nerviosismo de estar, por fin, con la persona que amé durante tanto tiempo. Justo en ese instante, unos golpes en la puerta fracturaron el silencio.

46

Permanecimos inmóviles durante unos segundos.

—Debe ser Nick —susurré, separándome apenas de sus labios.

—Que espere.

—No seas injusto, Garrett. Por algo está aquí.

—¿Ahora te conviertes en su defensora? —se quejó.

—¡No! Pero recuerda que debemos partir hoy. Tenemos que verificar los detalles para el espectáculo de mañana.

—Es cierto, maldita sea.

Nos vestimos con prisa. Garrett se encargó de abrir la puerta. Cuando Nick entró, quise creer que no notaría lo sucedido, pero era evidente que me equivocaba. Su mirada recorrió la estancia y supe que lo había comprendido todo. A pesar de la felicidad, una extraña molestia se instaló en mi pecho, un peso que no lograba identificar.

—¿Están listos para marchar? —preguntó Nick con voz neutra.

—Dame un momento, debo recoger mis pertenencias —respondí y luego miré a Nick—. ¿Podemos hablar un segundo?

Garrett me lanzó una mirada elocuente. Le devolví una sonrisa tranquilizadora para indicarle que no debía preocuparse. Jamás imaginé que Garrett sería celoso; era otra faceta nueva a la que debía acostumbrarme.

Acompañé a Nick a mi habitación para buscar mi equipaje. El trayecto transcurrió en un silencio sepulcral. Guardé mi ropa y arrastré la maleta hasta la estancia principal.

—¿Qué deseabas decirme, Colette? —se adelantó él, rompiendo el hielo.

—Siento que te debo una disculpa.

—¿Por qué lo crees?

—¿Consideras que no la mereces?

—¿Qué otra opción tengo? Tú ya has elegido —respondió, evitando el contacto visual—. Tampoco es que tuviéramos un vínculo

formal.

—¿De verdad estás bien?

—No, pero no puedo obligarte a sentir algo que no nace de ti. Sé perder con dignidad… una vez más.

—¿Una vez más?

—Colette, Garrett siempre estuvo a tu lado. Él siempre fue el dueño de tus afectos y, aunque sufriste, nunca dejaste de amarlo. ¿Crees que yo tenía alguna oportunidad real entre ustedes?

—Dudé, Nick. Y esa duda significa que existió una posibilidad, aunque ahora ya no sea así.

—Anoche creí que estaba cerca de ganar tu corazón, pero vi tu reacción en cuanto Garrett apareció. Ahí lo comprendí todo.

—Lo siento mucho, de verdad —dije con aflicción.

Él se encaminó hacia la puerta y, antes de salir, se detuvo sin girarse.

—Espero hallar a quien te amenaza, pues ese es mi trabajo. Una vez que lo consiga, no volveré a cruzarme en tu camino.

Cerró la puerta tras de sí. Sus palabras me causaron un dolor punzante. ¿Por qué me afectaba tanto si, supuestamente, era lo que deseaba?

Maldita sea.

47

El trayecto de regreso a casa transcurrió en un silencio sepulcral. Ninguno de los tres se atrevía a romper la tensión, lo que volvía el ambiente insoportable. Me encontré hablándole a Apolo más de lo habitual, consciente de que aquello me hacía parecer fuera de mis cabales, pero necesitaba cualquier distracción.

Durante todo el viaje, las últimas palabras de Nick resonaron en mi mente. Sus frases me retrataban como una mujer insensible, cuando la realidad era distinta. En cuestiones del corazón, poco se puede hacer cuando los sentimientos ya se han formulado de manera simbólica en ese rincón del pecho. Podemos forzarnos a creer en una ilusión, pero la esencia interna siempre acaba por traicionarnos cuando el afecto real es más poderoso.

Comprendí que lo que sentí por Nick fue una atracción efímera; él representó mi consuelo en un periodo de vulnerabilidad. Busqué en él la protección que mi padre me negó y el refugio ante el rechazo pasado de Garrett. Nick es un hombre maravilloso, pero la verdad era dolorosa: nunca estuve enamorada de él. Me dolía saber que lo hacía sufrir, pues conocía perfectamente ese sentimiento de desprecio. Sin embargo, mi amor por Garrett era una certeza absoluta que ya no podía ocultar.

"Ya no me juzgo por haber buscado abrigo en un momento de desprotección; anhelaba algo que nunca tuve y que, en el fondo, merecía. Comprendí que no todo lo que nos salva está destinado a permanecer. No debo usar a nadie para llenar vacíos que me corresponden sanar a mí misma. Solo así me

sentiré completa y en paz, lista para compartir un amor que nazca desde mi propia plenitud".

48

Ignoraba cómo evolucionaría la relación entre nosotros. Nick y Garrett apenas lograban cruzar palabra; si bien podían coordinarse ante una amenaza inminente, la convivencia bajo el mismo techo se perfilaba complicada.

Al llegar a la residencia de Garrett, Abby aguardaba en la entrada. Me estrechó en un fuerte abrazo que correspondí con cierta vacilación. Tras los últimos incidentes, la confianza se había fracturado, pero ella insistió en que fuéramos a una cafetería cercana para conversar. Acepté.

Abby soltó un suspiro cargado de pesadumbre tras beber un sorbo de café.

—¿Todavía dudas de mí, Colette? —preguntó afligida.

—Te mentiría si dijera lo contrario.

—¿Qué puedo hacer para recuperar tu confianza?

—Un setenta por ciento de mi ser desea creerte, Abby. Pero el resto está dominado por el miedo que me ha perseguido estos meses sin obtener respuestas.

—Al menos tengo una oportunidad —murmuró ella—. Jamás te causaría daño, Ett, aunque entiendo tu postura.

Bebí de mi taza, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Todo cambió en este viaje. Quizá no tengas la culpa de nada; intento convencerme de que no tendría sentido que me traicionaras, siendo casi hermanas. Por eso mismo, me destrozaría descubrir que estuviste involucrada.

—Lo sé, y yo me sentiría igual. Pero para demostrarte mi lealtad, he estado investigando estos días.

—¿Ah, sí? ¿Qué descubriste?

—Averigüé que el sello con el que se identifica tu acosador, ese envase de perfume, pertenece a una empresa real. Creo que ese es el punto de partida.

Abrí los ojos con asombro y deposité la taza sobre la mesa con excesiva fuerza.

—¿Qué? Explícate ahora mismo, Abigail.

En ese instante, mi teléfono vibró. Un número desconocido apareció en la pantalla. Dudé en responder, presa del nerviosismo, hasta que Abby me arrebató el dispositivo.

—Yo contesto, quédate tranquila —dijo con firmeza. Atendió la llamada y su expresión cambió de inmediato—. ¿Diga?... ¿Qué?... Sí, ella está conmigo.

Me miró con un gesto de espanto que presagiaba noticias funestas.

49

La urgencia se presentó sin previo aviso: mi padre estaba hospitalizado. Abby me acompañó junto a Nick y Garrett; ninguno se apartó de mi lado en aquel momento crítico.

Al llegar al centro médico, nos informaron que se encontraba en una habitación tras sufrir un accidente del cual desconocía los detalles. En el pasillo, las tres mujeres con las que convivía lloraban de forma ruidosa. Hice un esfuerzo por no mostrar mi desdén; a pesar de nuestros conflictos, aún conservaba respeto por su figura paternal.

Al entrar, lo encontré inconsciente y conectado a diversos monitores. Su estado era delicado. Revisé con cautela la ficha clínica al pie de la cama y un dato captó mi atención: le habían realizado un lavado gástrico. Una enfermera se acercó para ajustar el suero y aproveché para interrogarla.

—¿Qué le ocurrió exactamente?

—¿Es usted su hija?

—Sí, lo soy.

—Según el médico, sufrió una hemorragia por envenenamiento. Tuvieron suerte de traerlo a tiempo, de lo contrario no habría resistido.

—¿Envenenamiento? ¿Cómo es posible?

—Es lo que se investiga ahora. La familia deberá prestar declaración.

—¿Quién lo trajo a urgencias? —pregunté con curiosidad.

—Un empleado de su casa.

Asentí mientras apretaba los puños con rabia. Salí de la habitación y me planté frente a la esposa de mi padre, interrumpiendo su llanto melodramático.

—¿Qué le hiciste a mi padre? ¡Eres una hipócrita! —le espeté.

Ella comenzó a tartamudear entre sollozos, incapaz de articular una defensa coherente. Los oficiales de policía se aproximaron ante el altercado y exigí que se les tomara declaración de inmediato. El pasillo se transformó en un escenario de gritos y acusaciones; sentí una profunda vergüenza ajena ante tal espectáculo de falsedad.

50

La policía condujo a las tres mujeres a una sala de interrogatorios. Por mi parte, me dirigí a la cafetería con mis amigos y con mi novio, pues tras nuestra confesión en el hotel, los títulos ya no eran necesarios.

—¿Sospechas que alguna de ellas intentó envenenarlo? —preguntó Nick.

—Es la duda que me carcome. ¿Dónde estaban ellas cuando ocurrió? La enfermera confirmó que fue un empleado quien lo auxilió —respondí.

—Tengo entendido que tu padre posee una parte de tu empresa, ¿no es así? —recordó Garrett.

—Sí. Pero debido a su matrimonio y la adopción de mis hermanastras, si él fallece, su parte se divide entre ellas y yo, que soy su única hija biológica.

—¿Y no se supone que está en la quiebra? —intervino Abby.

—La que genera los ingresos mediante la empresa soy yo. Todo lo que gano acaba beneficiándolo a él de alguna forma. En teoría, trabajo para mantener su estilo de vida —expliqué—. Mientras no me ceda su parte, sigo atada. La propiedad intelectual era de mi madre; ella usó el apellido de él solo por una cuestión de elegancia comercial.

—Entonces la empresa les pertenecía a ambos y, al morir ella, te cedió su cincuenta por ciento. Dudo que él te entregue el resto, se nota que está bajo la influencia de su esposa —añadió Nick—. ¿Crees que ella llegó al extremo del envenenamiento?

—Bajo contrato, cada uno tiene su porcentaje, pero él jamás quiso cederlo totalmente a pesar de que yo realizo el trabajo completo. No sé si esto se vincula con las amenazas que he recibido, pero ella es la única beneficiaria directa de su muerte.

El médico a cargo apareció en la cafetería y me llamó. Los cuatro nos pusimos en pie y nos acercamos a él.

—Doctor Hamilton, a sus órdenes —se presentó.

—Buenas tardes, doctor. ¿Hay noticias?

—Debo informarles que su padre está estable, aunque permanece delicado e inconsciente debido a los fármacos.

—¿Lograron determinar cómo fue envenenado?

—Señorita Colette, ¿usted reside con él?

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Al principio creímos que la sustancia estaba en la comida, ya que su esposa declaró que pidieron alimentos a domicilio. Sin embargo, el análisis reveló algo distinto.

—¿Lograron hallarlo?

—Sí. Su esposa aseguró que le compró un perfume como obsequio antes de una presentación. Al probarlo, minutos más tarde, se desplomó envenenado. ¿Tiene alguna idea de qué puede estar sucediendo?

Miré a los chicos y supe que compartíamos el mismo pensamiento. El perfume. El sello del acosador.

—Creo que tengo una respuesta —afirmé.

—Acompáñeme para hablar con los investigadores —indicó el doctor.

Durante mi declaración, relaté a los oficiales el acoso que había sufrido. La policía procedió a incautar el frasco de inmediato. No obstante, una duda persistía en mi mente: ¿Por qué su mujer encargó precisamente ese perfume? ¿Podía ser una coincidencia tan macabra? Aquella mujer debía estar involucrada. Las incógnitas se acumulaban, pero sentía que, por fin, la verdad estaba al alcance de mi mano.

51

Pese a la abrumadora carga que soportaba, el día de la presentación finalmente llegó. Mentiría si dijera que el miedo no me atenazaba; dadas las circunstancias, que nada ocurriera sería un milagro. Por ello, mi equipo y yo nos aseguramos de desplegar un operativo de seguridad exhaustivo para nuestra protección.

Todo se hallaba bajo un estricto resguardo. El acceso era exclusivo para quienes portaran una invitación previa; cualquier persona ajena a la lista de invitados era escoltada hacia la salida de inmediato. Los medios de comunicación también estaban bajo control, lo que permitía llevar un registro riguroso de cada asistente. De ese modo, si algo sucedía, el sospechoso quedaría atrapado en el interior.

Tras bambalinas, el caos habitual de la moda se sentía eléctrico. Mientras los maquilladores retocaban los últimos detalles de mi rostro, Nick permanecía a mis espaldas, coordinando al personal de seguridad mediante su auricular. Al otro lado, Garrett y Abby revisaban la agenda, atentos a que cada pieza del engranaje estuviera lista para el inicio del desfile.

Me observé en el espejo y experimenté un orgullo genuino. No se debía solo a los pocos kilos que logré perder, pues comprendía que mi contextura nunca sería la de una modelo extremadamente delgada. Soy quien soy y aprendí a amarme así. El proceso de cuidar mi alimentación y realizar ejercicio por salud transformó mi mentalidad. Mi estómago ya no dolía ni se sentía pesado; la inflamación desapareció y, al verme y sentirme bien, mi mente alcanzó una paz desconocida. No pensaba detenerme hasta consolidar esa felicidad propia.

Mientras tanto, Louis, fiel a su estilo, reprendía a las modelos para que se vistieran con mayor celeridad. Aquel hombre era un manojo de nervios.

—¡Louis! —exclamé—. Relájate, hombre. Respira.

Él soltó un soplido exagerado, al borde del colapso.

—Ay, Colette, siento que me dará un síncope. ¿No te percatas de que todos corremos peligro?

—Bueno, ya estamos aquí. ¿Qué podemos hacer? —Arqueé una ceja con fatalismo—. El que ha de morir, morirá.

—¡Por Dios, mujer! Calla, que mi corazón no lo resistirá —dijo dramáticamente, fingiendo un desmayo.

Nick rodó los ojos, mientras Garrett y Abby compartían una risa breve.

—¿En cuánto comenzamos, Garrett? —pregunté, buscando recuperar la formalidad.

—En cinco minutos damos inicio —informó él con seguridad.

Suspiré. Los nervios estaban presentes, pero mi sonrisa era auténtica; este era mi mundo, mi pasión. Me miré por última vez y me sentí maravillosa, como una diva dueña de sus curvas. Lucía un vestido color vino tinto que resaltaba mi cabellera rubia. Garrett no pudo resistirse a mis encantos, y no lo culpaba; este cuerpo no estaba al alcance de cualquiera. Me guiñé un ojo a mi propio reflejo.

—¡Aquí vamos! —anuncié, aplaudiendo para dar inicio al espectáculo.

52

Me detuve en el umbral de la pasarela. El auditorio estaba sumido en la penumbra, salvo por una tenue luz azul que recorría las filas de los asistentes. En la pantalla gigante, mi apellido resaltaba con fuerza: "Van Maarsen".

Louis marcó el compás y la música de modelaje comenzó a sonar. El ritmo de la melodía aceleró los latidos de mi corazón y la adrenalina se apoderó de mis sentidos. El espíritu de la moda estaba presente en cada fibra de mi ser.

—Uno, dos, tres y cuatro —contó Louis en un susurro.

Salí a la pista. Llevaba el conteo en mi mente, traduciendo el ritmo en pasos firmes y estilizados. Las luces se encendieron y el foco me envolvió por completo. «Que nunca te falte actitud», solía decir mi madre. El locutor anunció mi nombre como directora y diseñadora de la firma Van Maarsen, dando inicio a la colección de otoño e invierno.

La pasarela me pareció eterna, pero mi desplante fue el de una reina. Mi cuerpo no define la clase de mujer que soy en un mundo que suele dejarse llevar por las apariencias. Al finalizar el recorrido, Garrett se puso en pie para ayudarme a bajar los escalones. De forma inesperada, me besó en los labios; los flashes de las cámaras estallaron a nuestro alrededor. Me sentí abrumada por la exposición, pero profundamente cautivada por su gesto.

Nos sentamos y el desfile continuó con las modelos presentando la línea de ropa. A medida que avanzaba el evento, observé los alrededores. Divisé a muchas personas conocidas, pero mi mirada se detuvo en mi madrastra y sus hijas, quienes siempre parecían fuera de lugar en mis eventos. Pensé en mi padre y en su delicado estado de salud.

De pronto, mientras supervisaba que todo fluyera correctamente, noté que un hombre vestido de negro se cruzó frente a la esposa de

mi padre. Llevaba la vestimenta característica de mi acosador. La presentación estaba por concluir y deseaba que fuera perfecta, por lo que no podía gritar ni interrumpir el acto ante una sospecha.

Garrett acarició mi mano para atraer mi atención. Lo miré apenas un instante, pero cuando volví la vista hacia el lugar donde estaba mi madrastra, ella y el hombre habían desaparecido.

—Garrett —susurré con urgencia—. ¿Notaste que vino la bruja?

—Sí, lamentablemente estaba en la lista.

—Es que acaba de marcharse con un tipo muy extraño.

—¿Cómo dices?

De forma repentina, las luces y la música se apagaron, sumiendo al auditorio en una oscuridad total. Una luz intensa proyectó en la pantalla gigante ese sello que tanto habíamos evitado: el envase del perfume. En ese momento, sentí que todo mi mundo se desmoronaba.

53

Por un instante, creí que mi carrera como diseñadora llegaba a su fin de la manera más humillante. No obstante, en pocos segundos la normalidad retornó. La música se activó de nuevo, las luces volvieron a su sitio y la última modelo se vio obligada a continuar como si nada hubiera ocurrido. El desfile debía concluir a toda costa. Lo que para muchos fue un susto pasajero, para mí fue una confirmación de mis peores temores.

Me puse en pie de inmediato y salí hacia la entrada del hotel junto a Garrett y Abby. En el trayecto, vi a Nick correr tras el hombre que, para mi sorpresa, forcejeaba con mi madrastra en un intento de secuestro. Nick y los guardias lograron rescatarla, pero el sospechoso se escabulló una vez más, escapando con una agilidad exasperante, como si fuera arena entre los dedos.

¿Cómo era posible que resultara tan difícil capturar a ese individuo? La adrenalina y la cólera me invadieron. Estaba harta de soportar aquella persecución constante, así que me acerqué a mi madrastra con determinación.

—¿Te encuentras bien? ¿Lo conoces? ¿Cómo es que saliste con él sin decir una palabra? —le espeté.

Ella tartamudeó, con el rostro desencajado por el miedo y la confusión.

—Colette, guarda la calma. Recuerda que hay periodistas de espectáculos cerca —me advirtió Abby en voz baja.

—¡Me importa un bledo, Abby! ¿No ves que estoy exhausta? ¿Por qué nadie atrapa a ese sujeto? ¿Es que todos están de acuerdo con lo que sucede? —exclamé, incapaz de contener mi molestia.

Todos guardaron silencio, observándome con extrañeza ante mi exabrupto. Por fortuna, el estallido de aplausos desde el salón principal anunció que el desfile había concluido con éxito.

—Ve a beber algo, Colette. En unos minutos debes conceder la entrevista —me recordó Garrett con suavidad.

Exhalé con fuerza, tratando de recuperar la compostura. Garrett besó mi mejilla y su tacto suavizó mi expresión de inmediato. Con un suspiro final, regresé al salón dispuesta a enfrentar a la prensa como si nada hubiera perturbado mi noche.

54

Podría definir la presentación con dos palabras: fue caótica y perfecta a la vez. Aunque aguardaba el peor de los escenarios, lo ocurrido no resultó tan desastroso. Poco después, la normalidad retornó a la empresa. Gracias a un inesperado repunte en las ventas, logramos recuperar el capital perdido en los meses anteriores.

Los días transcurrieron sin noticias del acosador. No obstante, sabíamos que no debíamos confiarnos; aquel silencio solo auguraba que tramaba un movimiento mayor. Por otro lado, mi padre se recuperó y regresó a su hogar. Tras las declaraciones pertinentes, la policía no halló indicios de que algún miembro de la familia estuviera vinculado con las amenazas. Me costaba asimilar que mi madrastra y sus hijas fueran ajenas a todo el asunto; resultaba increíble.

No eran ellas, ni tampoco mis amigos, como llegué a sospechar en mis momentos de mayor paranoia. Tampoco figuraba nadie de la empresa, pues las cámaras de seguridad no registraron movimientos sospechosos. Lo que me consumía era el enigma del sello: aquel perfume.

Tal como Abby sugirió, iniciamos una investigación sobre la supuesta casa de fragancias que utilizaba dicho logotipo. Averiguamos que la empresa existió hace casi veinte años, aunque nunca gozó de reconocimiento. De hecho, sus productos jamás salieron a la venta; el proyecto quedó estancado en un laboratorio químico por una aparente falta de fondos. Lo más inquietante era el nombre del propietario. Al contrastar datos con Garrett y Abby, el apellido coincidía con el de un antiguo compañero de clases del colegio. ¿Sería una simple coincidencia? No tenía la menor idea.

55

La fecha se aproximaba: un día plomizo y lluvioso en el que conmemoraba el fallecimiento de mi madre. Como cada año, acudí al cementerio junto a mis amigos, a quienes esta vez se sumó Nick, para depositar flores en su memoria.

Diecisiete años habían pasado desde que ella partió. Fueron años amargos en los que aprendí a convivir con la ausencia de su afecto. Al recordar su sonrisa y sus consejos, me invadía una mezcla de tristeza y gratitud por los momentos compartidos. Superar una pérdida requiere tiempo; uno aprende a vivir con el dolor, incluso llega a la resignación, pero el corazón se encarga de recordarme que ella ya no está y la herida aún escuece.

Frente a la tumba, una sencilla placa de piedra con el nombre de Amelia Brown, me incliné bajo el paraguas. Dejé un ramo de rosas blancas en silencio, mientras en mi mente repasaba los sucesos vertiginosos de las últimas semanas. Al incorporarme, divisé a lo lejos a un hombre protegido por un paraguas negro. Vestía un traje oscuro y me observaba tras la silueta de un árbol. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, echó a correr hacia un vehículo que lo aguardaba.

—¡Es él! —grité, señalando hacia la salida.

Estaba segura: aquel hombre debía ser el dueño de la perfumería.

56

Corrimos tras el vehículo, pero fue imposible alcanzarlo. Los cuatro nos quedamos en mitad de la calle, empapados y frustrados. Parecíamos un grupo de superhéroes sin propósito alguno, pero al menos habíamos logrado un avistamiento directo.

—¿Lograron ver su rostro? —pregunté, jadeante.

—Yo no —admitió Nick—. Pero si afirmas que el acosador se vincula con el apellido de aquel compañero…

—Incluso podría ser tu padre —le espetó Garrett.

—¿Otra vez con eso? Mi apellido es Becket —replicó Nick con molestia.

—¿Y cuál era el apellido del compañero? —intervino Garrett, tratando de hacer memoria.

—Baudin —respondimos Abby y yo al unísono.

—¿Baudin? —murmuró Garrett—. ¡Cómo olvidarlo! Le apodábamos "Budín de zanahoria" por el color de su cabello.

Nick soltó una carcajada espontánea.

—Ya lo recordé, el famoso Budín —repitió, sacudiendo la cabeza.

—¿Existe el budín de zanahoria? Qué asco —comentó Abby, arrugando la nariz.

—Fue solo un sobrenombre de niños —dijo Garrett entre risas.

—¡Concéntrense! —exclamé para recuperar el orden—. ¿Vamos a investigar a ese tipo o seguiremos con las bromas?

—Lo haremos, pero después de hoy —respondió Garrett, arqueando las cejas—. Tenemos algo pendiente.

—Todos tenemos algo pendiente, no solo tú —Nick lo empujó levemente con el codo.

—¡Basta! —exclamó Abby—. Vamos a celebrar el éxito de la presentación. Con tantos incidentes, no hemos tenido oportunidad de brindar.

—Exacto. Vamos a casa —sentenció Nick.

—A la mía, querrás decir —debatió Garrett.

Abby y yo rodamos los ojos y subimos al auto. La relación entre Nick y Garrett era un enigma: oscilaba constantemente entre el respeto y la rivalidad más absoluta.

57

Cada vez que visitaba la tumba de mi madre, era una regla sagrada intentar divertirme después; necesitaba evitar que los recuerdos dolorosos me hundieran. Organizamos una pequeña reunión en el departamento de Garrett a la que asistieron los empleados más cercanos de la firma.

Lo que empezó como un brindis tranquilo se transformó en una fiesta estrepitosa, colmada de música a todo volumen y comida en abundancia. Mi pobre Apolo se refugió bajo la cama, pues cada invitado pretendía estrujarlo debido a su apariencia adorable.

Bailé hasta que los pies me suplicaron clemencia. Dos veces se presentó la policía para exigir que bajáramos el volumen y, aunque parezca increíble, yo estaba sobria. O eso creía. Terminé bailando con Louis, quien se movía con tal frenesí que casi me provoco un accidente de la risa. Acabamos gritando y cantando por el balcón, cerrando el espectáculo al ritmo de Bohemian Rhapsody utilizando pollos de goma como instrumentos.

Juro que estaba sobria…

58

Un hachazo. Así sentía la cabeza, como si alguien me hubiera asestado un golpe seco en la nuca. Además, experimentaba una sensación de sofoco; me sentía pegajosa e incapaz de moverme. Al abrir los ojos, me percaté de que estaba en la habitación de Garrett, pero la realidad era más desconcertante de lo que imaginaba.

Me encontraba durmiendo entre Nick y Garrett; los tres estábamos en ropa interior. Me incorporé como impulsada por un resorte y una punzada de dolor atravesó mi cráneo, recordándome los excesos de la noche anterior. Al mirar hacia el suelo, descubrí a Abby, también con poca ropa, durmiendo plácidamente sobre Louis.

La escena era digna de una fotografía. Debía inmortalizar aquel momento.

59

La casa de Garrett era un desastre monumental, pero logramos poner orden entre todos. Nadie parecía dispuesto a discutir el motivo por el cual terminamos durmiendo juntos en aquella configuración. La sala estaba plagada de personas tendidas en el suelo a las que tuvimos que invitar a marcharse.

Louis se mantenía en un silencio inusual y Abby no encontraba las palabras para romper el hielo. Tras despachar al último invitado, nos sentamos a la mesa para compartir una sopa de pollo curativa. Los recuerdos de la noche anterior regresaban por fragmentos, especialmente nuestra actuación con los pollos de goma en el balcón.

—¿Creen que haya quedado embarazada de Louis? —preguntó Abby con una seriedad pasmosa.

Los tres estallamos en carcajadas.

—¿Te imaginas? Un pequeño Louis —bromeó Nick.

—¡Basta! No quiero ni pensar en lo que ocurrió. Al menos solo fue con uno y no con dos —añadió Abby con alivio.

—Escucha —le dije—. Nosotros solo nos limitamos a dormir.

—Así es —afirmaron Nick y Garrett al unísono, aunque sus miradas se esquivaron.

De pronto, el teléfono de Nick sonó. Pidió permiso y se apartó unos metros para atender la llamada. Lo único que alcancé a escuchar antes de que colgara fue una pregunta que me heló la sangre:

—Si no murió de cáncer… ¿de qué murió entonces?

60

Resultaba inconcebible. Durante diecisiete años creí que mi madre había fallecido a causa del cáncer, pero la realidad era otra. Descubrimos que ni siquiera figuraba en los registros de la clínica como paciente de aquella enfermedad.

¿Cómo pude ignorarlo tanto tiempo? La respuesta era simple: confié ciegamente en lo que me dijeron de niña y me limité a lo que mis ojos observaron. Mis recuerdos me devolvían la imagen de una mujer sin fuerzas, postrada en la cama y apenas capaz de alimentarse; una sombra de la figura vital que aparecía en las fotografías de su juventud.

No lograba comprender qué estaba ocurriendo. Me enteraba de aquella mentira ahora que era adulta, lo que me obligaba a tomar una decisión drástica: debía enfrentar a mi padre. Él poseía la verdad sobre lo sucedido y no descansaría hasta obtenerla.

61

Al llegar a la casa de mi padre, decidida a desentrañar la verdad, uno de los empleados me permitió el paso.

—¿Cómo sigue mi padre? —pregunté antes de que fuera a buscarlo.

—Está mejor, señorita Van Maarsen. Sigue con rigor todos los cuidados prescritos por el médico —respondió con una leve reverencia antes de invitarme a pasar a la estancia.

Asentí y caminé hacia la sala de estar. Me acerqué al ventanal donde recordaba haber pasado tardes enteras junto a mi madre, trazando bocetos de vestidos y abrigos. Intenté hurgar en mis recuerdos: ¿en qué momento exacto se fracturó todo?

—Colette —escuché la voz de mi padre.

Al girarme, lo encontré demacrado; parecía que los años le hubieran caído encima de golpe. La tristeza me oprimió el pecho.

—Hola —reaccioné mientras él tomaba asiento—. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, hija.

—¿Continúas con la medicación?

—Sí, aunque tuve una reacción alérgica en la piel.

—Papá —lo interrumpí, provocando un silencio tenso—. ¿Estás seguro de que ignoras lo que ha ocurrido estos meses?

—Me enteré hace poco. No sabía que las amenazas fueran tan graves, pero tras lo sucedido en el hospital, hemos extremado las precauciones.

—¿No sospechas de nadie? ¿Ni siquiera de alguien de aquí, de la casa? —inquirí en un susurro.

—Colette, mi esposa y mis hijas no tienen relación con esto.

Sus palabras me hirieron. Sentí un vuelco en el corazón al escuchar cómo las llamaba «mis hijas».

—Eso es lo que tú eliges creer —repliqué con un tono que rozaba el reproche.

—No tiene sentido desconfiar de ellas. Lo he comprobado; no soy un hombre ingenuo.

Suspiré con frustración.

—¿Y qué soy yo para ti? —pregunté, arrepintiéndome al instante por desviar el propósito de mi visita.

—Eres mi hija también, Colette. ¿Cuál es el problema? ¿Acaso estás celosa?

—Quizás. Pero más que celos, es la incapacidad de entender por qué les otorgas toda tu atención mientras que a mí solo me buscas para solicitar dinero. Los hechos hablan por sí solos.

—¿A qué viniste, Colette? —Se puso en pie con la intención de dar por terminada la charla.

—¡Respóndeme! ¿Por qué te has comportado de forma tan egoísta? ¿Qué te hizo cambiar? —Me levanté, dominada por la rabia y la desesperación—. ¡¿Por qué no me quieres?! ¡Responde!

—¡Porque tu madre me engañó! —me gritó. De inmediato, se llevó la mano al pecho y volvió a sentarse, jadeante.

—¿Qué?

—Tu madre me fue infiel —reiteró con la respiración entrecortada —. Escucha, las cosas no son como las recuerdas. Nuestro matrimonio no fue perfecto, a pesar de lo que la mayoría creía.

—¿Cómo es posible? —susurré, aturdida.

—Ninguno de los dos fue un santo. Ella me traicionó, sí… pero yo también lo hice.

—No puedes decirme esto ahora —murmuré, cubriéndome el rostro con las manos.

—Necesitamos hablar con calma, como adultos —pidió él.

—Estoy esperando la verdad. Cuéntalo todo —dije, sintiendo cómo las lágrimas nublaban mi vista.

—Está bien. Al principio nos amábamos mucho. Tuvimos un inicio feliz y, cuando naciste tú, todo parecía perfecto. Pero luego ella se obsesionó con ciertos proyectos y yo me sumergí en mi trabajo. Tomamos rumbos distintos.

—¿A qué te refieres con obsesiones?

—Deseaba expandir la empresa, diseñar una línea de cosméticos… Pasaba demasiado tiempo en ello. Yo dejé mi empleo para apoyarla; pensé que si nos uníamos en los negocios, nuestro destino como pareja sería el mismo. Pero nos distanciamos. Solo hablábamos de trabajo y, sin darnos cuenta, buscamos consuelo en otras personas. La mujer con la que tuve una relación quedó embarazada.

Abrí los ojos con horror.

—Esas son las… —Señalé hacia el pasillo, refiriéndome a su esposa y mis hermanastras.

Él asintió. La verdad cayó sobre mí como un peso insoportable, retirando la venda que había cubierto mis ojos durante años.

—Por esa razón, Colette, son mis hijas y no puedo hacer distinciones.

—Pensé que solo habías querido darles tu apellido…

—Ahora conoces la realidad.

—¿Sabes que mi madre no murió de cáncer, verdad?

Mi padre palideció. Creyó que ese secreto moriría con él.

—¿Cómo lo supiste?

—He investigado por mi cuenta. Dime la verdad de una vez, papá: ¿de qué murió?

Él negó con la cabeza, con un gesto de profundo lamento.

—Colette… Tu madre se suicidó.

62

Abandoné aquella casa, el escenario de mi infancia, con un dolor punzante en el pecho. Mi padre me explicó lo difícil que fue para ella lidiar con una depresión devastadora. Aun así, me costaba procesarlo. Para mí existían otras salidas, pero comprendía que ella estaba demasiado atrapada en su desesperación para notar que tenía una hija que la necesitaba. Me sentía horrible por albergar esos pensamientos, pero el dolor nublaba mi capacidad de empatía en ese instante.

Nick y Garrett aguardaban en el auto. Al subir, notaron mi semblante sombrío, pero el habla me había abandonado. Al llegar al apartamento de Garrett, no pude contenerlo más y rompí a llorar. Lo más amargo era haberme enterado tantos años después. Existía una carta que ella dejó antes de partir, pero mi padre la quemó; solo él conocía las palabras exactas de aquel último adiós. En consecuencia, debía mantener una relación cordial con él; de lo contrario, jamás conocería el resto de la historia.

"La decisión de poner fin a las tormentas no define el amor hacia los demás, sino el dolor incomprendido. Muchas veces, esas tempestades se vuelven tan inestables que resultan incapaces de calmar el tornado que ha tomado posesión de un corazón herido".

63

Algo cambió en mi interior tras conocer aquella parte de la historia. La verdad posee esa capacidad transformadora, incluso tratándose de una verdad a medias.

Desde el día de la presentación, las amenazas cesaron. Era un alivio, aunque me mantenía en un estado de alerta constante. Ignoraba qué buscaba el acosador o si solo esperaba a que bajara la guardia. Decidí que mi vida debía tomar un rumbo nuevo: ya no viviría con Nick y Garrett. Adquirí un apartamento en el mismo edificio de Garrett y mantuve a Nick como guardaespaldas solo para eventos multitudinarios.

Resultaba extraño intentar una cita con Garrett mientras Nick vigilaba a escasos metros; las citas de tres no funcionan. Me costó convencerlos, pero necesitaba un respiro. Me enfoqué en mi trabajo, en mi novio y en mis amigos, confiando en que tarde o temprano la verdad completa saldría a la luz.

Aquella oportunidad llegó de forma inesperada. Mientras caminaba por el parque con Garrett, divisé de nuevo al hombre del cementerio. En cuanto notó nuestra presencia, huyó. Garrett lo alcanzó tras una breve carrera. Era un hombre mayor, de la edad de mi padre, pero con un estilo juvenil y sofisticado; se notaba que había sido muy atractivo en su juventud. En ese instante, mi olfato captó un rastro inconfundible: era el mismo aroma del perfume con el que habían intoxicado a mi padre.

64

¿Podría afirmar que confío en quienes me rodean? Indiscutiblemente, no. A lo largo de mi vida he lidiado con altibajos respecto a la lealtad, pero el golpe más certero provino de mis propios padres, quienes debieron ser el cimiento de mi aprendizaje. Por motivos obvios, la realidad para mí fue muy distinta.

El caballero misterioso se quedó sin escapatoria. Antes de provocar un altercado en pleno parque, nos trasladamos a una cafetería situada justo enfrente para hablar con privacidad, tal como él mismo propuso. Llamé a Nick para que vigilara desde el exterior, atento a cualquier anomalía.

—Usted es el único que puede aclarar este embrollo —sentenció Garrett—. Lo escuchamos antes de que intervenga la policía.

El hombre se pasó la mano por el cabello con nerviosismo y observó hacia la calle.

—Esto es complicado. No me corresponde a mí revelarte toda la historia —dijo dirigiéndose a mí.

—¿Cuál es su nombre? —exigí.

—Richard Baudin —respondió antes de beber un sorbo de café.

Garrett y yo intercambiamos una mirada de desconcierto.

—¿Es usted el propietario de alguna perfumería? —inquirió Garrett.

—De un laboratorio, pero no soy el dueño.

—¿Entonces? —necesitaba desentrañar aquel nudo.

—Soy un simple trabajador.

—¡Maldita sea, diga la verdad de una vez! —demandó Garrett. Sujeté su mano para que mantuviera la compostura.

—Si no está dispuesto a cooperar con nosotros, tendrá que explicárselo a la ley —amenacé.

—Hablaremos, pero les advierto: no conocen ni la mitad de los hechos y lo que creen saber es falso.

—¿Por qué me ha hostigado todo este tiempo? Necesito comprender la razón.

Richard soltó una carcajada seca mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué le hace tanta gracia? —murmuró Garrett con hostilidad.

—¿De verdad confías plenamente en tu padre? —me preguntó Richard.

—¿Por qué lo dice?

—Sé honesta —se encogió de hombros—. Ni tú, que eres su hija, puedes estar segura de nada. ¿Cómo sabrás si miento? Estás tan desesperada que eres incapaz de ver la realidad frente a tus ojos.

—Escuche bien… —gruñó Garrett. Se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos para acortar la distancia en un gesto intimidante —. Aquí lo único que veo es a un imbécil que agota mi paciencia. No me importa dónde estemos; si no habla ahora mismo, le advierto que la policía espera afuera. Pero antes de que lo arresten, me aseguraré de que salga de aquí sin poder caminar. —Se reincorporó en la silla y cruzó los brazos—. ¿En qué estábamos?

El hombre palideció al notar que Garrett no bromeaba. Yo me quedé impactada ante su determinación; por poco exclamo lo orgullosa que me sentía de él.

—Probablemente eras demasiado pequeña para notarlo —inició Richard—. Yo era amigo de tus padres. Tu padre trabajaba en una tienda de tecnología y tu madre poseía su firma de moda, ¿cierto?

—Eso es correcto —aseguré.

—Cuando tu padre notó el éxito de tu madre, decidió abandonar su empleo.

—Ya conozco esa parte —suspiré—. Necesito entender su papel en todo esto.

—Por favor, escúchenme. Debo relatar los hechos desde el principio.

Garrett rodó los ojos, incapaz de mantener los pies quietos por la ansiedad.

—Antes de continuar, aclare algo —recapitulé—. ¿Usted es pariente de Félix Baudin?

—Es mi hijo.

—¿Y cómo se relacionó con mi familia?

—Nos conocimos en las reuniones escolares; éramos cercanos. En aquel entonces, tu madre le otorgó a tu padre una participación en la empresa. El negocio les pertenecía a ambos, pero ella quiso expandir horizontes bajo ese apellido y todo se complicó. La codicia se apoderó de ellos.

—¿En qué sentido?

—Ahí intervengo yo —prosiguió—. Mi laboratorio de fragancias estaba en la quiebra por falta de fondos, así que se lo comenté a mis amigos: tus padres. Me ofrecieron empleo en la firma y, con el tiempo, alcancé cierto reconocimiento. Eso me permitió plantearle a tu madre mis proyectos. A ella le entusiasmó la idea de que la marca de moda tuviera una línea de perfumería. El error radicó en que, según tu padre, mi apellido no era comercial. Quería usar el nombre Van Maarsen. Accedí porque ellos aportaban el capital; yo, como químico, poseía el conocimiento. Éramos un equipo, supuestamente.

—¿Pero qué ocurrió? —añadió Garrett.

—La avaricia y el engaño nos destruyeron a todos. —Richard extrajo un pañuelo para secarse el sudor de la frente—. Tu padre golpeaba a tu madre. La maltrataba.

—¿Qué? —susurré.

De inmediato, los recuerdos de gritos y disputas inundaron mi mente. Comprendí por qué mi madre pasaba días postrada en cama, sumida en una depresión profunda. Mi padre fue un hombre despreciable con ella; prefirieron mantener un estatus social antes que admitir el abuso físico y psicológico que existía en el hogar.

65

Necesitaba beber agua fría; sentía que mi corazón colapsaría por la taquicardia.

—No pretendo ser un santo ni hablar mal de él por placer; los cuatro cometimos errores —escuché decir al hombre.

—Ignoraba que mi padre fuera un maltratador —musité.

Traté de recordar si alguna vez vi señales de violencia hacia su esposa actual o mis hermanastras, pero no hallé nada. Todo parecía lo contrario, por lo que dudaba si confiar en Richard.

—Dijo "los cuatro" —interrumpió Garrett—. ¿A qué se refiere?

—A nosotros —afirmó el hombre, como si fuera evidente—. La esposa actual de tu padre era mi mujer.

Abrí los ojos con incredulidad.

—¿Es una broma?

—Y eso no es todo. Tu padre cree que esas niñas son suyas, pero adivina quién es el verdadero padre —se rió con sarcasmo.

Me atraganté con el agua; sentí el líquido estancarse en mi garganta por la impresión.

66

¿Qué más podría descubrir?

—Miente —dije señalándolo—. Se aprovecha de mi desesperación para inventar historias.

—Dime, Colette, ¿qué ganaría yo con engañarte? Te libero de la mentira en la que has vivido.

—¿Cómo espera que le crea después del terror que me hizo pasar estos meses?

—Admito mi error, pero en mi defensa, no sabía que tú dirigías la empresa. Pensé que era tu padre.

—¿Cómo pudo no darse cuenta? —espetó Garrett.

—Solo contraté a personas para intimidar.

—¡Incluso murió un hombre! —exclamé en un susurro ahogado.

—Nadie murió, Colette. Todo fue un montaje para asustar a tu padre. Aquel hombre llevaba un chaleco antibalas y quienes llegaron en la ambulancia no eran paramédicos.

Me eché a reír por puro nerviosismo ante mi propia ingenuidad. Mi padre no tenía la menor idea de quién era la mujer con la que convivía.

—Esa mujer me prohibió conocer a mis hijas. Supongo que ella también buscaba vengarse de mí.

—¿Por qué?

—Yo fui el amante de tu madre. Por eso dije que los cuatro tuvimos la culpa. No pretendo justificarme, pero la conocí cuando ella necesitaba ser rescatada.

—Es absurdo —negué con la cabeza y miré a Garrett—. ¿Puedes creerlo?

—¿Cómo comprobaremos esto? —preguntó Garrett—. Sabe que tendrá que declarar ante la policía.

—Lo sé.

—Usted sabía por qué ella se suicidó, ¿verdad? —le interrogué.

—¿Eso te dijo tu padre? ¿Acaso leíste la carta que ella te dejó? —Su voz parecía alejarse mientras mi mente procesaba tanta falsedad —. Tu madre te escribió antes de partir. Esa carta era para ti.

—Mi padre la quemó —recordé con amargura.

—Había dos. Tu padre conservó una y dudo que te la haya entregado, pero ella sospechó que eso pasaría y escribió otra. —Richard extrajo del bolsillo un sobre arrugado y me lo extendió—. Cuando leas esto, conocerás la verdad completa, Colette. Debo marcharme.

Garrett se puso en pie de inmediato.

—¿A dónde cree que va? ¿No debe ir a la policía?

Garrett le hizo una seña a Nick, quien entró para llevarse al hombre. No alcancé a ver cómo lo escoltaron; mi único deseo era leer aquel papel. Al llegar a mi apartamento, le pedí a Garrett que me permitiera estar a solas un momento. Él se dirigió a la cocina para preparar algo de comer mientras yo sostenía el sobre con manos temblorosas. Tenía miedo, pero era hora de enfrentar la realidad y descubrir quién fue, verdaderamente, mi madre.

67

Me acomodé en el sofá mientras Apolo se recostaba a mi lado. Me observaba con sus ojos redondos, como si percibiera la tristeza que me embargaba. Acaricié su pelaje antes de concentrarme en la lectura. El papel lucía maltratado, con marcas que delataban el paso de los años dentro del sobre.

Mi pequeña Colette:

Hubiese querido dejar en tus manos una despedida que siempre quedará pendiente entre nosotras. No podría explicarte con exactitud qué me condujo a tomar esta decisión; quizá soy una cobarde o tal vez me agoté de esta existencia y hallé una salida.

Me convencí de que estarías a salvo con tu padre, pues él era capaz de brindarte un mundo ajeno al que yo padecía a diario. Fue un buen padre, pero un esposo terrible para mí. Nunca comprendió que yo poseía sueños y derechos; prefería mantenerme cautiva y bajo una dependencia absoluta. Yo creía que amarse equivalía a luchar juntos por nuestros anhelos, pero viví cegada por el miedo demasiado tiempo.

Anhelaba la libertad, pero en su lugar me asfixiaba en una casa inmensa. No hallaba calor de hogar y temía cada paso de tu padre al subir la escalera; sabía que en cualquier momento podía morir. Y morí. Mi corazón se

quedó contigo porque me dolió dejar a mi niña en aquel sitio.

Todo lo que abandoné resulta efímero comparado con lo que significó perderte. Quería verte crecer, enorgullecerme de la mujer en la que te has convertido; ahora solo quedan dudas y preguntas sobre lo que pudo haber sido. No espero que comprendas mi partida, pero deseo que sepas que estaré contigo donde vayas. Aunque tuve una madre cobarde, aunque no me perdones, siempre te amaré.

Amelia Brown. Tu madre.

Los sollozos me interrumpieron al terminar. No lograba detener el llanto; el pecho y el cuerpo me dolían por la angustia. La tristeza me corroía tras conocer aquella parte de la historia. De pronto, un calor reconfortante rodeó mi espalda: los brazos de Garrett me estrecharon con fuerza, permitiéndome llorar como una niña pequeña. Fue entonces cuando advertí un trozo de papel blanco que cayó del interior del sobre.

68

Ignoro cuánto tiempo permanecí llorando mientras intentaba asimilar la noticia. Garrett no se apartó de mi lado en toda la tarde. Nos recostamos en el sofá en un silencio prolongado, hasta que él, mientras acariciaba mi cabello, rompió la calma.

—¿Entiendes ahora por qué debemos vivir juntos?

—No pierdes oportunidad para insistir con eso —respondí con una sonrisa triste.

—No me agrada verte así, Ett. Amo tu sonrisa y a esa mujer alegre que llega cada día a la oficina. Eres como un rayo de sol.

—Un rayazo, querrás decir.

Reímos brevemente y lo abracé con más fuerza, ocultándome en su pecho.

—¿Qué planeas hacer con ese papel? —preguntó, refiriéndose a la nota que cayó del sobre.

—Si voy a conocer la verdad, deseo que sea completa. Esa dirección debe significar algo.

—¿Quieres ir ahora? Te apoyaré en lo que decidas, excepto en tu idea de vivir sola.

—Ya basta —le di una palmada juguetona y él rió—. Vamos.

Asintió y, decididos, nos dirigimos a la ubicación escrita en el papel.

69

La dirección nos condujo al otro extremo de la ciudad, a una zona rural rodeada de naturaleza y alejada del bullicio de la capital. Al fondo del terreno se erguía una casona acogedora de madera, custodiada por árboles y flores de colores vibrantes que embellecían el paisaje.

Al tocar el timbre, dos perros ovejeros salieron a nuestro encuentro ladrando con fuerza. Sin embargo, al olfatear el borde de mi vestido, se calmaron de inmediato, como si mi esencia les resultara familiar. De pronto, la puerta principal se abrió y Nick, mi guardaespaldas, salió a recibirnos.

70

—¿Cómo hallaron este lugar? —preguntó Nick con evidente sorpresa.

—¿Vives aquí? —inquirí confundida—. Mi madre me dejó una carta hace años; dentro estaba esta dirección y no comprendo qué vínculo tienes con ella.

—Parece que tú también tramabas algo —añadió Garrett con desconfianza.

—Así lo parece, pero no es así —respondió Nick mientras abría la verja para permitirnos el paso—. Sé que sospechan de mí, pero tras llevar a Richard Baudin a la comisaría, descubrí una realidad que preferí verificar personalmente antes de que Colette sufriera más daño.

—¿De qué hablas, Nick?

—De tu madre.

—¿Qué ocurrió con ella? —intervino Garrett.

Nick me miró a los ojos con una mezcla de seriedad y compasión.

—Colette, tu madre está viva. Ella vive en esta casa.

71

¿Era una broma? No podía ser real.

—¿Estás bromeando? —espetó Garrett con agresividad—. Porque te juro que te golpearé si juegas con algo así.

—No, Garrett. ¿Cómo se te ocurre que bromearía con esto? Vengan, tienen que verla con sus propios ojos —insistió Nick.

—Espera —balbuceé con dificultad—. Nick, ¿cómo es que está viva? ¿En qué condiciones se encuentra?

Él suspiró, con la mirada cargada de una mezcla de alivio y pesar.

—Se encuentra bien físicamente, aunque su memoria falla. A veces te nombra, pero vive inmersa en el pasado. Richard Baudin es su esposo ahora; él es quien la cuida.

—¿Y dónde está él?

—En la comisaría. Me pidió que viniera para asegurar que ella estuviera bien.

Caminamos hacia la casa con el corazón en un puño. Cuando Nick abrió la puerta, me recibió un aroma a bizcocho recién horneado. Fue un impacto sensorial; aquel olor trajo consigo mi infancia entera. Los ojos se me nublaron al ver a una mujer de espaldas, sacando el molde del horno. Se veía más adulta, con el cabello rubio surcado por hebras canosas, mientras silbaba una melodía que yo apenas recordaba haber escuchado antes de dormir.

Al sentir nuestra presencia, se giró. Vio a Nick y le dedicó una sonrisa de cortesía; luego observó a Garrett y frunció el ceño con extrañeza. Pero cuando sus ojos se posaron en mí, se quedó paralizada. Fue presa de sus propios recuerdos, sumergida en un esfuerzo por comparar mi rostro con el de la niña que dejó atrás.

—¿Hija? —murmuró con un hilo de voz.

No supe qué responder. Mi cuerpo se tensó, sentí un frío intenso recorrer mi espalda y mi cabeza comenzó a latir con fuerza. Mi corazón estaba al borde del colapso ante la magnitud de la verdad

que tenía frente a mí. Sin embargo, las palabras no fluyeron. Me di la vuelta y salí de allí corriendo, envuelta en un mar de lágrimas.

72

Todo acto humano tiene consecuencias. Mi padre se comportó como un hipócrita; mi madre me mintió por cobardía. Aquel día, mientras huía de su casa, sentí que no podía perdonarla. Independientemente de la vida miserable que mi padre le dio, no lograba asimilar su decisión de fingir su muerte. Nunca me buscó. He sufrido traiciones, pero aquella fue la estocada final.

En cuanto a las repercusiones legales, Richard Baudin no fue acusado de asesinato al confirmarse que no hubo víctimas mortales. No obstante, se le procesó por amenazas justificadas, recibió una orden de alejamiento, su expediente quedó manchado y se le impuso una multa millonaria por daños psicológicos.

Por otro lado, mi padre evitó la cárcel, pero enfrentó multas y una orden de restricción hacia mi madre. Cuando se enteró de que sus supuestas hijas no eran suyas y que mi madre vivía, sufrió un ataque de histeria. Fui yo quien le reveló la verdad frente a su esposa, pues deseaba ver cómo sus rostros se desfiguraban por la vergüenza. No supe si sentir lástima por él; era un cúmulo de sentimientos confusos. Acto seguido, él las expulsó de la casa, se divorció y les retiró todo beneficio, incluido el apellido.

Estuve a punto de perder la empresa, ya que la reaparición de mi madre le otorgaba derechos sobre la mitad del patrimonio. Di la batalla hasta el final, argumentando que durante años yo fui la cara visible y la administradora única. Para mi sorpresa, obtuve la firma de mis padres a cambio de mi perdón, y la firma pasó a ser totalmente mía. Mi madre intentó recuperar el tiempo perdido mediante ese gesto, pero yo sabía que la reconciliación tardaría. Mi corazón estaba dividido: en la balanza, el dolor pesaba más que el amor. Necesitaba sanar antes de perdonar.

73

Mis amigos permanecieron a mi lado. La confusión entre Nick y Garrett se disipó por completo. Aunque esos dos siempre se molestaban, Nick se integró al grupo. Demostró ser un compañero leal y, tal como planeamos, se quedó a trabajar en la empresa bajo mi absoluta confianza.

Abby, por fortuna, no quedó embarazada de Louis. Nunca confirmamos qué ocurrió esa noche. En cuanto a nosotros tres, existe una fotografía de Nick, Garrett y yo durmiendo abrazados; esa imagen con la que Abby me chantajeaba cada vez que bromeábamos. Yo, por supuesto, contraatacaba con la foto de ella y Louis. Estaba claro que no pasó nada trascendental; solo eran risas de amigos.

74

Dos meses después, durante una cena especial, recibí una noticia que me dejó atónita. Estábamos los cuatro cuando confirmamos que entre Nick y Abby las cosas se tornaron románticas. ¡Increíble! Esos dos se enamoraron en algún punto de tantas reuniones y crisis compartidas.

Garrett reservó una mesa en un restaurante lujoso para celebrar nuestros triunfos. Aunque yo era la dueña, nos sentíamos como un equipo de líderes.

—No nos pregunten cómo ocurrió, pero el amor surgió entre tantas juntas —dijo Nick con una sonrisa.

—Todavía no lo creo —comenté entre risas.

—Tú me rechazaste —murmuró Nick con tono burlón.

—Lo siento, mi amor por Garrett fue más fuerte.

—Más te vale —me advirtió Garrett, abrazándome por la cintura.

—En fin, yo lo consolé y me quedé con él —añadió Abby sacándome la lengua.

—Es extraño lo que siento —confesé más seria—. Pese a todo, ustedes nunca me dejaron. Siento mucho haber sospechado de ustedes en su momento.

—Es comprensible, Ett —respondió Abby—. Todos parecíamos sospechosos y la verdad resultó ser estremecedora.

—No te preocupes por eso. Ya olvidamos el pasado y ahora los considero mis amigos —expresó Nick.

—Tú pensarás eso, pero mi amigo no eres —replicó Garrett con sarcasmo, mientras Nick le lanzaba una servilleta.

—Par de locos —reí—. Los quiero a todos.

—A mí me amas —corrigió Garrett.

—Sí, a ti te amo —dije dándole un beso en la mejilla.

—Amiga —prosiguió Abby—, tras estos meses de vaivenes, ¿qué pasará con tus padres?

Apreté los labios, buscando una respuesta sincera.

—El perdón está en mi cabeza, pero aún no ha descendido por completo a mi corazón. El tiempo es mi mejor aliado ahora mismo.

75

Tardé cinco meses en recuperar la paz y transformar el dolor en tranquilidad por mi propio bienestar. Por ello, hoy decidí visitar a mi madre. Le pedí a Garrett que me llevara; no sabía si habría una reconciliación, pero quería liberarla de la inquietud por mi falta de perdón.

Al llegar, Garrett aguardó en el auto. Richard me abrió la puerta y su sorpresa fue evidente. Técnicamente, yo incumplía la ley al acercarme a él, pero esta vez guardaríamos silencio.

—Colette —exclamó con los ojos muy abiertos.

—No se preocupe, vengo a ver a mi madre.

—Está en el jardín, detrás de la casa.

Caminé hacia la parte trasera. Ella, provista de guantes y tijeras, podaba las flores con una paciencia que las hacía lucir hermosas. Se giró al escuchar mis pasos. Quise decirle que lloré noches enteras por su culpa, que la odié y la extrañé en una batalla interna constante, pero que el amor siempre terminaba ganando. Lo único que logré pronunciar fue:

—Mamá.

—Hija.

Ambas rompimos a llorar y corrimos a fundirnos en un abrazo eterno. Quizá tardaríamos en reconstruir nuestro vínculo, pero todo comenzó con ese perdón compartido.

76

Abandoné aquella casa de campo con el alma ligera. Ya no sentía la pesadez que me acompañaba cada mañana. Perdonar tiene el poder de disipar la amargura. No advertí que el viaje con Garrett tomó un rumbo distinto hasta que reconocí el paisaje por la ventana.

—Garrett, ¿a dónde vamos?

—Te estoy secuestrando.

—Hablo en serio —reí.

—Ya lo verás.

Llegamos a un lago colmado de recuerdos de nuestra adolescencia, donde solíamos acampar con el colegio. Nos bajamos y nos sentamos en la arena. La brisa fresca en mi piel me relajó por completo.

—Qué recuerdos, ¿verdad? —dije con nostalgia.

—Sí. Aquí fue donde me percaté de que me gustabas.

—No te creo.

—Ya conoces la historia; no hace falta recordarte lo idiota que fui.

—Eso es cierto —reí—. Pero me encanta nuestra historia. Siempre serás mi favorito.

Él soltó una carcajada.

—Qué cliché —arrugó la nariz con ternura.

—¿Y quién no se enamoraría de este cuerpo? —bromeé arqueando las cejas.

—Solo yo —respondió—. ¿Nadamos?

—No traje traje de baño.

—¿Y qué? No hay nadie aquí.

—No lo sé… —dudé.

—Vamos, no te hagas la inocente.

—Me estás retando —le dije con complicidad.

—Exactamente.

Nos levantamos riendo. Me quitaba el vestido con rapidez cuando él pronunció mi nombre.

—Colette.

Lo miré. Estaba arrodillado, fingiendo desabrocharse los zapatos, pero de pronto extendió un anillo hacia mí.

—No soy el hombre más romántico, y sé que soy un loco, desordenado y todo lo que ya conoces. Me entiendes mejor que yo mismo. Pero, tal como soy, te amo de una forma que me supera. Quiero estar a tu lado y despertar contigo cada mañana. ¿Aceptarías a este corazón que se ha rendido por ti?

Mis ojos debían estar hinchados por el llanto con mi madre, pero aquellas nuevas lágrimas eran de pura emoción. No dudé ni un segundo. Me abalancé sobre él para besarlo con pasión mientras repetía:

—¡Sí!

Él me abrazó con fuerza, deslizó el anillo en mi dedo y me besó de nuevo. De repente, sonrió con malicia.

—Pero del agua no te salvas.

Sin previo aviso, me tomó en brazos y se lanzó al lago conmigo antes de que terminara de desvestirme. Dios, cuánto amaba a ese hombre, ahora mi futuro marido. ¿Podría ser más feliz? La vida no es perfecta, ni lo son las relaciones, pero aprendí que la confianza debe ser mutua. Donde hay amor, existe lealtad, y si ese sentimiento es sólido, ninguna barrera nos derrumbará.

Y si estás triste, mejor come un pastelillo, porque el filete ya es mío.

BIOGRAFÍA

Katherine Flores, Es una escritora chilena, nacida el 28 de abril de 1992.

Su amor por la escritura comenzó desde la tierna edad de nueve años, como una forma de liberar emociones fuertes en las que se vio envuelta en el transcurso de su vida. Sin embargo, no dio a conocer sus escritos en internet hasta su adolescencia, logrando ser destacada con miles de lecturas y ganando primeros lugares con sus novelas.

Instagram: @kf.snowflake
Correo: Escritorakatherineflores@gmail.com